

Jorge Armando Pérez Torres

ATLAS DE LO EFÍMERO

Narrativa

INTRODUCCIÓN

Hay libros que se proponen capturar lo inaprehensible. *Atlas de lo efímero*, de Jorge Armando Pérez Torres, es uno de ellos. Reunida bajo esta colección de dieciocho relatos construye, con la paciencia de un cartógrafo y la urgencia de un elegíaco, un mapa de todo aquello que el tiempo supera: los abuelos que se llevan consigo un idioma y un linaje, los héroes anónimos que mueren en guerras ajenas, los amantes cuyas cenizas vuela desde una pradera segoviana, los migrantes que atraviesan fronteras sin nombre. El título no es una metáfora decorativa, sino un programa literario: trazar el contorno exacto de lo que ya no existe, o está a punto de dejar de hacerlo.

El libro abre con "Invierno", una elegía íntima en la que el narrador despide a su abuelo y, con él, a una parte de sí mismo. Esa pérdida inaugural establece la tonalidad de toda la obra: la soledad como condición permanente del ser, la memoria como evidencia frágil de la existencia y la escritura como el único conjuro posible contra el olvido. "Cuando mi abuelo me llamó para dejar en mis manos una pequeña suma de dinero afirmó que pronto iba a morir. Dijo estar muy cansado. Yo, me siento igual", escribe Pérez Torres, y en esa equivalencia entre el anciano y el joven narrador se cifra uno de los temas más persistentes del atlas: la muerte no es el final de la vida, sino su sombra constante, el horizonte que define cada gesto cotidiano.

A medida que el libro avanza, la escala se expande. Del luto personal pasamos a las epopeyas colectivas: la Guerra México-Americana en "La Medalla", la Revolución Mexicana en "Héroes". En ambos relatos, Pérez Torres exhibe una notable capacidad para anclar la historia oficial en la experiencia singular y corporal de quienes la padecen. Juan, el soldado de "La Medalla", no es un héroe, sino un campesino aterrado que recibe una medalla de un amigo irlandés agonizante y carga con ella con la imposibilidad de olvidar. Los San Patricios, los marinos rebeldes del *Tampico*, el biplano *Sonora* surcando el cielo de Topolobampo: la historia en estas páginas siempre tiene rostro, sudor y miedo. La épica no se narra desde la distancia sino desde dentro, con el pulso del cronista y la sensibilidad del poeta.

El estilo de Pérez Torres es uno de los rasgos más singulares y sostenidos del volumen. Su prosa, densa y procesional, hereda algo de la cadencia bíblica y algo del barroquismo latinoamericano, pero sin renunciar a una claridad que la vuelve accesible sin hacerla superficial. Las frases se extienden con naturalidad hacia

imágenes que tienen el peso y la precisión de los frescos: "los surcos sobre la tierra son pasillos de aquel laberinto habitado por la noche", "el fuelle respiraba como un animal moribundo, cargado de voces que no terminaron de fenecer". Esta tendencia a la frase larga, que enrolla el tiempo y lo dilata, es del todo coherente con el tema del libro: si lo efímero dura un instante, la escritura intenta retenerlo dilatando cada momento hasta sus últimas consecuencias.

El atlas cubre también territorios más íntimos y contemporáneos. En "Geometría del vacío" un hombre guarda durante diez años las cenizas de su prometida hasta que sueña con su voz pidiéndole libertad; en "Noche incesante" el narco destruye una casa y una familia en el sur de México y el único objeto que sobrevive al incendio es el acordeón del abuelo, ese instrumento que en "Movimiento perpetuo" se convierte en una reliquia mágica que transmite a su portador toda la historia dolorosa de un país. Hay en estos relatos una concepción casi animista de los objetos: la medalla, la urna funeraria, el acordeón, la voz misma de Lucía en "Eufonía" son recipientes de memoria colectiva, talismanes contra la disolución.

La preocupación social no abandona el libro en ningún momento. México aparece aquí como un país en perpetua guerra contra sí mismo, atravesado por la violencia de los cárteles, la precariedad de la migración centroamericana, la voracidad de la ciudad moderna. En "Inhóspito", el relato que cierra el volumen, el narrador recorre en bicicleta una megalópolis que ha convertido al ser humano en esclavo de su propia creación. Es un texto radicalmente distinto en tono y factura a los relatos históricos o fantásticos que lo preceden, casi un ensayo urbano, y sin embargo encaja con precisión en el atlas: la ciudad es también un tipo efímero, una forma de vida que devora lo vivo.

Conviven en estas páginas el realismo histórico y el cuento de resonancias míticas, el retrato costumbrista y la fábula con deidades mensajeras, la crónica de guerra y el ensayo de ciudad. Esta heterogeneidad de registros podría ser una debilidad; pero aquí resulta una demostración de que lo efímero no tiene un solo rostro. Lo que se pierde puede ser un abuelo nahua, una lengua ancestral, la identidad de una bailarina, la inocencia de un joven músico, el silencio en una fila de migrantes. El atlas los abarca a todos con la misma atención escrupulosa y la misma melancolía activa.

Leer *Atlas de lo efímero* es someterse a una experiencia de duelo administrado con maestría. El autor no nos ahorra el dolor de las pérdidas que narra, pero tampoco nos abandona en él: en casi todos sus relatos hay un destello final, una apertura, una mariposa que cruza sobre las cenizas, un cielo que por primera vez se ve de verdad, una fila de migrantes que comienza a rezar al unísono en una madrugada de frío. Si el atlas cartografía lo que se escapa, también traza, con

igual cuidado, las grietas por donde entra la luz. Y esa doble fidelidad, a la pérdida y a la esperanza, convierte este libro en una obra de singular honestidad literaria, cuya voz merece ser escuchada más allá de las fronteras del país que la originó.

ÍNDICE	
INVIERNO.....	1
LEJOS DE LA MEMORIA	3
ÍNDIGO	6
CÚSPIDE DE MONTAÑA.....	7
LA MEDALLA	10
HÉROES	14
GEOMETRÍA DEL VACÍO.....	23
NOCHE INCESANTE	26
EL MOVIMIENTO PERPETUO	33
VINO VIEJO	36
PRELUDIO NOCTURNO	41
ATREZZO.....	44
EL ALTO COSTE DE LA VIDA.....	46
MEMORIA RAZONADA DE LAS ÉPOCAS EN QUE LA TRISTEZA FUE EL ÚNICO LENGUAJE POSIBLE DEL ALMA.....	52
“SIGO VIVA” (ENTREVISTA).....	57
GRAVEDAD CERO.....	59
EUFONÍA	64
INHÓSPITO.....	71

INVIERNO

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno. Se diría que se llevó consigo los pasos de mi abuelo. Se los llevó consigo para siempre.

Mi abuelo vino con el invierno, y se fue con él. Vio los primeros días de la primavera, el sol sobre su frente, y el aroma de las primeras flores. Vio por última vez la Cuna de Moisés, y palpó la flor de manera extraña; diríase que sentía la nostalgia del futuro, de lo que ya no vería.

Aquellos últimos días su comportamiento se tornó extraño. Como si supiera su muerte próxima. Llamaba a todos, uno a uno de los familiares cerca de él, y se despedía, abandonando sus pertenencias y deseos en aquellos que él elegía. Aquellos sueños y deseos que no pudo realizar en vida, porque, a pesar de sus noventa y dos años, fue una vida breve. No pienso que muchos partan de este mundo satisfechos de lo realizado, pues, si acaso es así, esos, son los que no soñaron, no desearon, y solo pensaban en la pronta muerte para huir de su miseria.

Yo no sé qué es la vida, ni la muerte. Cuando mi abuelo me llamó para dejar en mis manos una pequeña suma de dinero afirmó que pronto iba a morir. Dijo estar muy cansado. Yo, me siento igual. He perdido el interés en muchas cosas. Nada he cumplido, y, nada me satisface. No sé si esto es empezar a morir o crecer. ¿Acaso moriré pronto? ¿Mañana? ¿Pasado mañana? Estoy dispuesto a morir ahora mismo. Me siento mal. Me siento cansado.

Ya no soy el mismo. Mi abuelo se llevó parte de mí. Lo recuerdo sin extrañarlo; y allí está su voz y su risa, su rostro a través de la ventana, el sonido de su bastón al caminar, los lugares donde posó su pie. Y falta, su presencia ya no está. Y esa parte mía ha desaparecido, mis sentimientos, aquellos momentos; ahora no son sino recuerdos en ninguna parte, y yo estoy incompleto.

La casa ha cambiado, y tiene un nuevo inquilino, el Silencio. Ahora puedo escuchar mi respiración.

El viento cálido derriba las hojas del árbol de aguacate vecino a la casa, y las lleva hasta el pasillo, el lugar común de paso, y allí se posan ellas y el polvo, centímetros de ambos; y el sol de mayo ilumina los rincones y sobre los muros se produce la sombra, y toda aquella escena se diría extraída de una postal antigua, del patio de alguna vieja y olvidada catedral.

Sí, el invierno se fue con mi abuelo y se llevó todo. Se quedó el acompañante de todos: la Soledad. Yo la conocí muy temprano, cuando era niño, y mi abuelo hablaba de ella constantemente. Ella permanece, y, permanecerá; enterrará al último hombre.

Tomo un libro, leo y lo deajo; olvido la página. Tomo un papel, me tumbo bajo una sombra en la azotea, escribo un par de palabras y enseguida hago pedazos el papel y tiro los trozos; y mis palabras se confunden con las hojas del aguacate, con el polvo, con la vida. Y el viento las lleva lejos, lejos de mí.

LEJOS DE LA MEMORIA

“Estar vivo parece siempre el precio de algo”

Julio Cortázar

Mi abuelo nació en las primeras décadas del siglo XX. Hoy, se hablan cosas malas acerca de él, historias de juventud salvaje, todas las formas de engaño que llevó a cabo para conseguir lo que deseaba, para comer, para sobrevivir. Me ha referido algunas de ellas, historias de esa juventud ya distante, que poco a poco se borran de su cansada memoria. Esas historias las relata una y otra vez hasta el hartazgo, y cada vez, cambia una palabra o dos, cambia el lugar, el tiempo; su historia, es otra historia.

Yo, he escuchado atentamente la voz de mi abuelo; el aferro a esos recuerdos, que se diría el puente que lo une con este mundo. Yo, no soy quien debe juzgarlo. Yo, solo he escuchado la voz de un hombre y su experiencia. La experiencia del mundo y la experiencia de la voz azteca; cuando él muera, morirá también el náhuatl que hay en él. Aquella lengua mágica desaparecerá.

Creo que todos vamos perdiendo la memoria al crecer, y cuando por fin se estropea, es cuando morimos, ¿pues no es la memoria la evidencia de nuestra existencia?

Mi abuelo narra su vida, lo poco que ya recuerda, muchas veces con desvaríos e incluso invenciones; quiere vivir, quiere ser escuchado y, desea que su vida, forme parte de la vida de quien lo escucha. Él, ya no puede escuchar muy bien, está pronto a quedar sordo.

Lo he visto asomado a la ventana que da a la calle, en esos días calurosos de verano, con el sol sobre su rostro a ojos cerrados; lo he visto en esos días nublados en espera de la lluvia, y, he descubierto su rostro triste y distante; su aspecto es el de una estatua olvidada en el tiempo. Mi abuelo sufre, le duele el silencio.

Él, creció en el campo, con el arrullo de los ríos, con el trinar de las aves, con el rocío de la lluvia. Quién no ha escuchado triturar bajo los pies un camino de rocas, o las hojas muertas en otoño; esa, es la música de la melancolía.

Aquel viejo que espera en la ventana, anhela el tiempo pasado; esos momentos que fue invencible, esa música que lo hizo soñar, pensar, cantar y bailar. Ahora está atrapado en un mundo extraño que apenas es audible para él, está condenado a escuchar la música que para él es tan solo ruido.

Esa ventana, es ahora su lugar, su refugio. Ya no puede escuchar las voces queridas de sus hijos, sino como ecos lejanos, entorpecidos y extraños.

No puede escuchar, su decadencia es progresiva; “es propio de su edad”, dicen los médicos. Incluso los aparatos de audición son inútiles para su oído. Y así como la sordera es progresiva, también su tristeza. La soledad, es ahora su compañera; la soledad que le susurra silencio directo a sus oídos.

Soledad y aislamiento...

Ese es mi abuelo. Cautivo de los últimos recuerdos. Quién sabe si no uno de los últimos hombres de su generación.

Prisionero de sí mismo.

Yo lo observo cuando duerme bajo el sol sobre una silla, apoyando una mano sobre el bastón que ahora se diría su lazarillo. Lo contemplo y me pregunto qué sueña. Lo he observado leer el diario, ese que generalmente leen los desempleados y que ofrece información absurda e impresión barata. A veces me acerco hasta él, y, gritando a su oído, lo saludo.

—Buenos días — le digo, y él, haciendo un hueco con su mano sobre su oreja, responde a mi saludo.

Me acerco hasta él porque sé muy bien que quiere ser escuchado. No se me ocurre otro remedio para su castigada alma, fustigada por la sordera, que escucharlo. Él debe saber que hay alguien más que lo acompaña en su soledad, que hay alguien que lo escucha en su aislamiento.

Entonces lo escucho, y su narración es la evidencia de su vida; es el relato que dice quién fue y los lugares donde posó alguna vez su pie. Es un aventurero, pues, a pesar de su cansada voz, insufla dramatismo y verosimilitud al relato; otras veces, habla de cosas que se dirían inverosímiles, simples disparates.

Es así que mi abuelo vuelve a vivir, está presente. Yo lo escucho.

Cuando lo encuentro asomado a la ventana, con la mirada en las oscuras nubes prontas a la lluvia, intento descifrar su pensamiento, pero quizá está muy lejos del mío o es completamente fútil. No sé. Pero entonces subo hasta donde se encuentra, lo saludo y comienza a hablarme de las oscuras nubes.

—Está pronto a llover — dice mi abuelo.

Yo, escucho atentamente.

—Que empiece a llover — continua — solo así terminará la sequía...

Y así inicia el relato de su vida, corriendo entre los campos de milpa, con los pies descalzos y el torso desnudo, bajo la lluvia que ahora, tanto espera.

—Que comience a llover — le digo.

Que comience a llover...

ÍNDIGO

Sucedía la noche y bajo el cielo añil, un velorio. El hombre azul yacía a los pies de su esposa: plañía, rezaba y recordaba. Su canto doloroso, llevado por el viento, recorría el desierto todo, desde la primigenia tierra, hasta sus infinitos límites. Visitaba la memoria doliente: arena sepultada, aves muertas, arcaicos lagartos, sombras eternas; cada uno de los espacios que sus pies hollaron.

Aquellos dos, vueltos la muerte y la vida. Los amantes habían crecido juntos hacía décadas, eran hijos del Sahara. Ambos nacieron en su seno, en los manantiales de arena, bajo noches estrelladas y eclipses anulares. Se habían encontrado como se descubre un misterio: a solas; bajo el ingente sol apartaron el vestido de sus rostros y pronunciaron sus nombres y las sombras de sus cuerpos se volvieron una sola y sus bocas, el manantial donde bebieron la soledad.

Así sucedió el primer encuentro. La mujer, entonces una niña, se había extraviado al recorrer las ingentes dunas y yacía desmayada sobre las jorobas del dromedario, que la guió hasta un oasis donde descansaba el tuareg, un mozuelo. Al descubrirla vio una como imagen divina: la bestia cabalgaba el cielo y en sus lomos resplandecía la figura femenina de su amada. La pequeña llegó hasta él y la descubrió hermosa. El camello se echó al agua la fémina resbaló lento, del animal, como sostenida por un ángel, hasta posarse sobre la arena. Allí, el muchacho vertió agua con el hueco de la palma de su mano sobre los labios de la pequeña; ella abrió sus grandes ojos glaucos. El viento descubrió sus rostros; el varón teñido de añil, el hombre azul.

Siendo jóvenes marcharon lejos, juntos, a recorrer el desierto, la soledad. Al anochecer, el silencio era tal que podían escuchar sus corazones, casi tocarlos; constituía otro lenguaje. Juntos habían logrado un ato considerable de ovejas. Oh, la leche era deliciosa en su compañía. Cada momento, cada roce es valioso. El tiempo es el desierto, la vida no alcanza para contar los granos de arena.

¿Ahora a dónde iría él? Ella era su tierra y su manantial, su corazón había muerto aquel mismo día.

La besó en los labios y preparó el último té. El primero, fuerte como el amor; el segundo, amargo como la vida; el tercero, dulce como la muerte. El Sahara era el catafalco.

CÚSPIDE DE MONTAÑA

A mi madre

Pasa la neblina como un manto blanco que llevado por el viento se dirían formas fantasmagóricas que aulladoras se desvanecen conforme se alza el sol sobre la montaña hasta posarse en lo más alto del cielo. Las aves cantan sobre los árboles y algunas se posan en las potentes espinas de los nopales y clavan su pico y beben su néctar. La madrugada sucede, el rocío se escurre por el techo de popote de trigo y cae en fúnebres gotas sobre los rostros de las pequeñas hermanas — cuatro ellas — que se cubren la cara y la cabeza para seguir soñando.

El par de veladoras a punto de agotarse dibujan con su negra luz negras sombras que se pasean lentas, de un lado a otro, para mantener mudo al silencio, que cabecea de pie sobre la noche.

Una de las pequeñas abre los ojos, lento, como una tumba que se cierra. Mira a su madre que se faja el machete alrededor del vientre grávido, entonces se vuelve hacia ella y la mira y le ordena que se levante. La niña se friega los ojos y bosteza. La mujer abre la puerta y la noche se abre paso y sopla una de las velas hasta apagarla y la noche se torna más noche.

La madre se queda en el umbral y se frota las manos para desterrar el frío y contempla la niebla que la mira desde todas partes como fantasmas que han visto un fantasma. Luego camina y se pierde en el blanco manto camino a la cocina. Sus descalzos pies se hunden en la húmeda tierra y ésta ríe y la tierra se halla por todas partes y las huellas del ir y venir de los pasos se extienden hasta donde alcanza la vista y la memoria.

La mujer prepara la comida. Cuece la masa, hace tortillas, machaca el chile para la salsa, calienta los frijoles, guarda pulque en un jarrón de barro y lo cubre con cuidado, asa la carne de buey y mete todo en una canasta. Por fin llega la hija y ayuda a la madre con las viandas. Las cargan sobre el burro que, noble, les deja hacer sin ruido alguno. Entonces emprenden el camino hacia donde el padre y esposo. Es el desayuno que debe probar cuando amanezca.

Allí no hay más luz que la de las estrellas, una luminiscencia sin destello, sino clara, sobria, que descubre los senderos por donde han de andar quienes andan de noche. Y la tierra ríe al ser hollada y ríe más tras los pasos andados, como si supiera que no hay lugar dónde ir y a ella se volverá.

No hay más almas en las calles que las de aquellas mujeres y su jumento y el paso de los cascotes de animal sucede lento, como aburrido, como cansado apenas andar. Las mujeres, a pesar del frío, andan descalzas y apuran la marcha. La niña tiembla y patea las piedras del camino para no pisarlas de vuelta. Anhela el amanecer y extraña su cama y su lugar al lado de sus hermanas que despertarán con los primeros rayos de sol y la niebla escapando apresurada. Recorrerán

descalzas la arena, como todos los días, para sentir el calor del sol en las plantas de sus pies, y las enterrarán por un momento mientras observan las aves y beben un jarrito lleno de pulque robado de las altas estanterías de la cocina, el único mueble de la casa donde se resguarda el brebaje sagrado lejos de las hijas y de los animales.

Luego, antes de que ellas desayunen, darán de comer a los animales: maíz, para los pollos y patos; zacate para las vacas y bueyes; y tortilla remojada en caldo de gallina para los perros, que comerán al lado de las niñas y ellas comerán lo mismo, acompañado aquello con atole de masa, que es lo que hay en gran cantidad: maíz.

Las andantes llegan a la carretera y caminan guiados por aquel sendero, donde antes la noche a solas la recorría. Los tráileres, que durante el día transitan uno tras otro a gran velocidad y provocan muchos accidentes que han cobrado la vida de animales y personas, ahora pasan distantes uno de otro, sin mucho ruido, que se diría que marchan lentos para observar la noche, para contemplar los árboles hechos sombras y admirar el reflejo de las estrellas en el río.

El llano aparece frente a ellas, habitado por la noche y sus sombras. Venía del río el rumor de sus nocturnos inquilinos y extrañas figuras posadas en piedras a orilla del arroyo saltaban a las aguas, quién sabe si para ocultarse o para alimentarse. Los juncos se mueven, quién sabe si por ellos mismos, como actividad nocturna lejos de los ojos de los hombres, o porque lo recorren seres que duermen de día y ahora se hallan despiertos. Recorren aquel extenso páramo figuras venidas de debajo de la tierra, salidas de las piedras y se arrastran hasta las aguas. Y el silencio, mudo, contempla la estampa desde todas partes.

Apenas se escucha el sonido de los pasos del burro la escena aquella se calla y se paraliza, como la fotografía de una familia reunida. Cruza la carretera un tráiler y sus artificiales luces revelan, fugaz, una inerte vida nocturna. Sólo el viento aparece y acaricia triste las carentes flores que marchitas se doblan hasta volver a la tierra y arranca sin querer los pétalos decolorados.

Ya falta poco, unos cuantos kilómetros de oscuridad y silencio hasta llegar al padre que resguarda un campo de maíz. La madre alzaba la cabeza cada tanto y miraba hacia las montañas en busca del sol, pero no atisbaba sino una extraña luminiscencia que se perdía en el lejano horizonte.

Por fin las dos mujeres y el burro pueden ver la milpa que se alza dos metros sobre la tierra. Los surcos sobre la tierra son pasillos de aquel laberinto habitado por la noche y su penumbra. Hay que adentrarse y recorrerlo hasta su centro para hallar la casa donde se encuentra el marido. El viento camina por la milpa y acaricia las hojas y sus elotes. Los perros que guardan aquella tierra huelen a los intrusos y acuden, violentos, hasta ellos. El hombre que permanece en vigilia al interior de la casa abre los ojos, toma las armas, una escopeta y un machete, y corre detrás de los perros. Levanta el arma de fuego y dispara, los perros se detienen pero sus fieras voces continúan.

—¿Quién está ahí? —pregunta el guardián del maíz.

— Soy yo, viejo —dice la mujer —vengo con la chamaca y el burro que me acompañan a dejarte tus alimentos. Mira que hoy no pasa sin que nazca tu hijo. Ya no estaré aquí y nadie vendrá a dejarte tu comida y padecerás.

El hombre silva y los perros se callan y vuelven a la casa y se acomodan para echarse y descansar.

—Aún falta mucho para el amanecer, vieja —dice el marido que se ha acercado a sus mujeres —queda mucha noche por delante y mucha tierra por la que debes volver con la muchachita. No debiste venir.

—Al amanecer me iré a parir a tu hijo y espero volver con él, por eso me voy, no como otras criaturas que no se nos han logrado. Pero hay que hacer fila para alumbrar, porque hay mucho chamaco nuevo todos los días, por eso me voy temprano, para apartar turno.

—Pues vuelvan con cuidado, que Dios y su noche las guarde. Yo alimentaré a las niñas en lo que no estás y si no vuelves te iré a ver para saber que estás bien y si no lo estás, pues te veré sólo para saber.

La embarazada hala del jumento y vuelven sobre sus pasos. La niña piensa en el sol, lejano aún, según su padre. Lo busca en las montañas, pero sólo observa la extraña luminiscencia que ilumina las cumbres. Ya quiere estar en casa para volver a la cama, en medio de sus hermanas, y soñar con la mañana y el sol.

LA MEDALLA

Eloísa había visto una sombra alargada en el horizonte. Era la única imagen que se proyectaba, lo demás; era desierto. Las pocas casas que alguna vez existieron, no eran sino ruinas o nada. El general Santa Anna, presidente de México, había ordenado soldados a todos los hombres que no tenían instrucción militar para pelear en contra de los invasores yanquis. Y las familias que una vez habitaron aquellas tierras habían abandonado su lugar de residencia a causa de la ausencia de los maridos, de los cuales, jamás tuvieron noticias de ellos. Las mujeres, abandonadas al lado de sus hijos, se marcharon de allí, para hallar un lugar donde pudieran olvidar, y empezar la vida una vez más. Era el año de 1848; la guerra había terminado. Pero aún en el aire podía respirarse el olor a pólvora y muerte. No hacía mucho que la bandera cruel, había sido retirada de la capital mexicana.

Desde hace dos años, Eloísa salía cada mañana con el sol, y miraba hacia la nada, esperando que de ella volviera Juan. Y, aquella vez, descubrió un militar; el uniforme lo había delatado.

Cuando al fin el soldado estuvo frente a ella, la miró a los ojos, y, extendiendo sus brazos, le dijo: Eloísa, te ves más hermosa que siempre. Ella, reconociendo su voz, se arrojó a sus brazos. Era Juan que había vuelto de la guerra. Y, Eloísa lloró; y los ojos de Juan se inundaron de una rara expresión de melancolía, tristeza, y desesperanza.

Al anochecer, Juan salió y miró aquella tierra hecha un desierto, y fue a tomar asiento sobre un tronco que había dispuesto para aquello hace tiempo. Contemplaba las estrellas cuando su esposa tomó asiento a su lado. Él parecía petrificado, tenía la mirada perdida en la oscuridad; sus ojos, absortos por la noche, no se atrevían a parpadear. Eloísa extrajo un objeto de su falda y lo mostró a Juan.

– ¿Qué es esto? – preguntó ella, y, lo que hábale mostrado era una medalla de oro.

Juan salió de su trance.

– ¿De dónde la has tomado? – dijo el marido.

–La he tomado del pantalón de tu uniforme – contestó ella – ¡por esto no has venido a casa conmigo hasta ahora! continuaba diciéndole, por una estúpida medalla. Todas las demás mujeres se han ido menos yo, porque tenía la esperanza de verte regresar, y has vuelto sin nada, así como te has ido has regresado. Y todo lo has hecho por una medalla que nada vale. Estoy segura que nadie te recuerda como héroe.

Y Eloísa tiró la medalla al suelo, a manera de repudio, y ésta quedó sepultada por el polvo que en él había. Juan se arrodilló para recogerla. La limpió en su

pantalón, y la guardó en el bolsillo de su camisa. Volvió a tomar asiento para contemplar la noche; su mujer, ya nada decía. Y, molesta por aquella indiferencia, dio un paso para retirarse; Juan extendió su mano hasta ella con un ademán invitándola a sentarse a su lado. Eloísa tomó aquella mano que la condujo hasta Juan y, por fin; él habló.

–Sabes muy bien que jamás quise partir a la guerra. Aquella mañana que el ejército de Santa Anna me tomó y me llevó al frente de batalla pensé que aquella hora era mi última. Muchas veces he pensado que hubiera sido mejor unirnos a los Estados Unidos, así, como sucedió con Texas. No sé, solo... no sé. Tengo tantas ideas, tantos sentimientos, pero esta medalla me recuerda la libertad; una guerra constante por la libertad...

La guerra, la guerra; la libertad, no es sino una constante guerra. No puedo olvidar lo que sucedió.

Enfrentamos a los invasores al norte del país. Habíamos marchado hasta Tamaulipas y allí defendimos la ciudad hasta que ese maldito gringo, un tal Taylor, nos hizo huir. Yo tenía miedo. Los yanquis eran enormes, semejantes a gigantes, y su voz, era semejante al trueno. Algunos soldados se referían a ese gringo llamándolo “general Taylor”, y decían que anteriormente los había derrotado en las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma. Las voces de aquellos soldados contenían un tinte de admiración. Yo, oí al tal Taylor. No sentía, sino desprecio por él.

En el ejército solo comían los hombres que vestían uniforme. Yo solo traía puesto aquella miserable ropa vieja, que ya ni del frío me cubría. Pero eran esos trapos, los que mantenían tu recuerdo persistente, el recuerdo de nuestra casa. Y, así, de igual forma, persistía en la guerra, y en la vida.

Me ordenaban como centinela constantemente, y tenía que velar por las noches con otros hombres que en realidad eran campesinos y habían sido tomados por la fuerza en la leva. Cada noche pensábamos como escapar, pero al día siguiente, en la batalla uno de nosotros moría; la muerte ya era cosa de suerte o un capricho cruel de la vida.

Tras la derrota marchamos hacia Monterrey. Ahí apoyamos a las tropas que defendían la ciudad a cargo del general Ampudia, jefe del Ejército del Norte. Sinceramente, no recuerdo el nombre de mis oficiales, a veces se les llamaba por su apodo. Nunca en verdad serví a uno solo, me mandaba cualquiera, incluso los cabos. Tenía que obedecer a todos, servía a todos. Así que iba de aquí para allá, era un mil usos; cargaba las municiones, las armas, todo. No sabía nada acerca de la milicia, solo que tenía que disparar a los yanquis. Sabía disparar un arma, pero el rifle que me dieron era tan viejo que muchas veces se atascaba. El resto del ejército no era muy diferente, o el armamento de los invasores era mejor. Algunos decían eso. A mí no me importaba nada. Solo quería volver a casa.

Cada vez que marchábamos o huíamos del enemigo, pensaba que jamás terminaría la guerra, que era una como maldición, que caería muerto mientras escapaba; muerto por una bala que perforaría mi espalda.

Cuando llegamos a Monterrey fue diferente. Pensé que la ciudad ya había sido tomada. Un grupo de enormes hombres blancos, armados con artillería, se encontraban en formación de guerra. Parecían más bravos que los mismos oficiales mexicanos. Aquellos hombres, eran, los San Patricios; soldados yanquis que habían desertado del ejército invasor para unirse a los mexicanos. Pero esa, no era toda la historia.

Ahí conocí a William O' Connor. Había desertado del ejército invasor y, además, era irlandés, como la mayoría de los desertores. Era parte del Batallón de San Patricio, y, también, fue mi mejor amigo. Le pregunté qué hacía en México, y me dijo que Irlanda había peleado contra los ingleses. Habían sido invadidos justamente como nosotros. Era campesino y también formaba parte de un grupo rebelde. Cuando los ingleses ubicaron a algunos miembros rebeldes, tomaron prisioneros a unos y los asesinaron, no sin antes revelar los nombres y la posición de los otros. Entonces él y muchos otros abandonaron su tierra, viajaron a los Estados Unidos y allí, sin tener otra oportunidad de trabajo, se enrolaron al ejército yanqui. Atrás había dejado a su familia. La única oportunidad de volverlos a ver, era la milicia; tendría una tierra, trabajo, y, por fin, sería libre. América representaba una nueva vida; al término de la guerra contra México traería a su familia consigo, y volvería a trabajar la tierra.

Ahí conoció al teniente John Riley, comandante de los San Patricios. Él, al igual que muchos otros, era inmigrante irlandés, obligado a abandonar su patria por la ocupación inglesa. Riley había hecho carrera militar, y se destacaba por ser un gran comandante, todos sus hombres lo apreciaban y respetaban. Yo también llegué a tenerle gran aprecio, a todos aquellos soldados, todos eran muy valientes...

Mucho antes que la guerra comenzara, los Estados Unidos movilizaron sus tropas a la frontera de México. Allí sucedieron los primeros crímenes de los yanquis, y, fue en aquellas tierras que los irlandeses se dieron cuenta que esta injusta guerra perseguía otros motivos. "Los yanquis son piratas", así los describió Connor. Un pretexto absurdo; eso fue la guerra. Todo lo que los Estados Unidos querían era tierra, y nos la robaron violentamente. Riley y otro irlandés llamado Dalton reunieron a sus hombres y los convencieron de pelear del lado de los mexicanos. Indiscutiblemente México era semejante a Irlanda, decía Connor, sé a qué he venido aquí, todos los mexicanos son mis hermanos, y no puedo luchar contra una tierra que se le pretende quitar su libertad. Y bajo el mando de Riley cientos de hombres desertaron y se unieron a la causa mexicana. Todos ellos sabían que les esperaba si caían presos, y aun así, se rebelaron contra el invasor.

Fue en Monterrey, donde peleamos nuestra primera batalla, y, fuimos derrotados juntos. Peleamos hombro a hombro, y jamás nos rendimos. Fue Ampudia quien dio la orden de rendición. Yo, vi a varios mexicanos caer de rodillas, rendidos, ofrecer su arma al invasor; pero ningún irlandés puso rodilla en tierra. Yo, seguí su ejemplo.

Peleamos juntos la batalla de La Angostura. Todas las fuerzas mexicanas se concentraron en ese sitio. La batalla fue semejante al infierno. Y, a pesar de la

derrota, celebramos como si la victoria fuera nuestra. Si triunfamos, fue gracias a los San Patricios. Peleaban como si tuvieran rabia, asesinando a cientos de yanquis, además, tomaron dos cañones gringos y los usaron en contra de los invasores. Mataban yanquis, con armas yanquis. Por sus acciones en la batalla, recibieron la Cruz de Honor de la Angostura.

Fue al término de aquella batalla, que nuestras unidades se separaron, y no tuve noticias de mi amigo.

La guerra continuaba y las batallas se perdían.

Nos encontramos por última vez en Churubusco. Nos saludamos como dos hermanos que no se han visto en largo tiempo. Desgraciadamente, ese día, todo concluyó para los San Patricios. Connor sabía que era su última batalla, y todos aquellos gritos de dolor, de muerte; gigantescos ecos hirientes, era el clamor de una nación sin esperanza, sin consuelo. Churubusco caería; los yanquis hollarían el convento y asesinarían a los irlandeses, no habría perdón para ellos, tampoco serían juzgados en una corte marcial; no había salvación.

Moriré aquí y moriré hoy, no hay perdón para mí; el camino que emprendí lleva al cadalso, al Gólgota, y mi fusil es la cruz de dolor. Me he de sacrificar por un ideal y por una tierra que ha sido ofendida. Mi empresa es grande, pero solo algunos se dignan a levantar el rostro y reconocerse en las estrellas – dijo Connor.

Una bandera blanca, ya ondeaba en el convento de Churubusco para el deleite del invasor.

–Fue un gran honor pelear por la libertad al lado de los mexicanos, desde Monterrey hasta Churubusco. Porto la medalla de La Angostura con orgullo cerca de mi corazón, y juro que si volviera a nacer pelearía una vez más esta guerra. Sé que hoy moriré; pero aún no ha llegado el momento para ello –. Fue lo último que dijo Connor...

Y vi morir a mi amigo. Connor cayó a mis pies; un obús le había golpeado el pecho, y, con su último aliento, tomó la medalla de su bolsillo, y la puso en mi mano. “Nunca te rindas”, me dijo, y, murió. Fue cuestión de tiempo para que el invasor nos derrotara. Yo escapé con el arma de mi amigo. Gané las montañas, y esperé, ocultándome, hasta que el invasor pasara, para luego unirme a otra unidad militar. Más tarde, supe que los San Patricios fueron ahorcados cuando el Castillo de Chapultepec cayó.

Yo, continué en la guerra. Esos inmigrantes irlandeses me habían mostrado la importancia de pelearla. A veces pienso que de nada sirvió; pero si esos hombres murieron muy lejos de casa, de su familia, esto tuvo que valer la vida de cada uno de ellos. Pienso que estaban malditos por el destino; venir a pelear una guerra que no es suya, es una locura. Pero no fue así, ellos pelearon por un ideal que le concierne a todo hombre; la libertad.

Juan calló, y dirigió su vista al cielo; y, Eloísa lo acompañó en la noche.

HÉROES

El teniente Hilario Rodríguez Malpica observaba el horizonte desde el cañonero Tampico. El mar era calmo, las olas golpeaban los cascos de las embarcaciones con un vaivén lento y perezoso, un banco de nubes coronaba el cielo como un presagio funesto y el viento era cálido, sin brisa y con olor a mar, a sal; pero el militar no observaba dicha imagen, sino los restos de las batallas contra el Ejército Constitucionalista bajo las órdenes de Venustiano Carranza. Grandes columnas de humo se erguían hasta el cielo, brasas exangües chisporroteaban sobre la playa, aún la sangre permanecía en la tierra, extendida, expulsada de los cadáveres mientras cangrejos y aves los devoraban. Entonces retiró la mirada de aquella estampa trágica y fijó su vista en los demás navíos, el Guerrero, Demócrata y el Oaxaca, que no eran sino los actores de dicha tragedia, incluidos él y su tripulación.

Esos días calmos, cuando los furores se apaciguaban y el olor a pólvora cesaba, mas no la podredumbre de la muerte, eran tiempos productivos para la reflexión, para pensar en el aquí y en el ahora, recordar el pasado para aliviar el presente pues no hay nada más, no hay futuro sino sólo hoy, mañana quién sabe, no hay paso seguro, todo es cálculo y expectativas.

El teniente Malpica había jurado defender la patria, pero tras el asesinato del presidente Francisco Madero, fraguado por el general Victoriano Huerta por medio de un golpe de Estado con la ayuda de Estados Unidos, las fuerzas rebeldes en las distintas partes de México se habían unificado para combatir al traidor convocados por el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, y sentía en su espíritu aquel llamado de justicia. Pero al tomar fuerza el movimiento revolucionario constitucionalista la escuadra del pacífico fue enviada por órdenes federales al noroeste para reforzar las guarniciones de las ciudades costeras por medio de un bloqueo portuario y de esta manera impedir que los pertrechos de guerra llegaran a los constitucionalistas. Por ello se hallaban apostados en las costas los cañoneros Tampico y Morelos, así como los pontones Oaxaca y Demócrata, además del artillado Guerrero, comandado por el capitán Ignacio Torres, oficial a cargo de la flota. Allí se encontraba, presto para combatir contra quienes compartía sus ideales, pero tras cada disparo acudía la ignominia a su corazón. A veces, al día siguiente de los combates, el teniente Malpica se despertaba aún con el sabor de la victoria, pero sentía que había fallado, observaba los rostros de sus compañeros de guerra y mostraban un rictus de pesadumbre, la victoria no aliviaba el dolor de la batalla, de sus guerras íntimas.

Así que lo primero que hacía el oficial era salir y observar el mar, su vibración lo calmaba, le hablaba a manera de sentimiento, de sensaciones. Se había enamorado de los océanos por su padre, también marino militar, capitán de carrera; sí, era militar por él, era un hombre honorable, aunque esta guerra lo había devastado y se sentía derrotado, vacío, cada día se decía “quizás hoy

muera, mi catafalco será el mar y seré sepultado por las olas en el fondo de las aguas”.

Al paso del tiempo la belleza líquida del mar se corrompía, por su comportamiento se diría fúrico, golpeaba las costas con ingentes olas, arrastraba miles de cadáveres de soldados y los sepultaba en el olvido; a saber cuántos hombres desaparecieron y nadie recuerda. Las playas eran oscuras, cual cementerios, tan lúgubres como el abismo. El teniente asomaba al piélago y contemplaba su reflejo durante horas, no dormía ni soñaba, sino que vivía aquella pesadilla, pero no tenía miedo, pues era un hombre valiente, este sentimiento era nuevo e inconmensurable.

“La patria, esta es mi patria, la tierra y el mar, lo que da vida, mi infancia, mi madre y mi padre, mi fuerza, justo ahora; mi patria son aquellos que he asesinado y a quienes mañana dispararé, la sangre que yace en el mar, la fauna marina muerta por esta guerra, el abismo a causa de mis manos, de mis órdenes. ¿Pero quiénes son aquellos que obedezco? Para ellos la patria es la mentira, no tienen arraigo, sus raíces están podridas. Son impostores... debo andar mi camino, viviendo como marino, con honor y lealtad... servir a la patria, no a un hombre, a un traidor que ha derramado la sangre, corrompido la tierra y el mar sin ensuciarse las manos. Debe morir, soy marino, combato el mal, al enemigo”, se dijo Malpica.

Entonces planeó acudir hasta los constitucionalistas para unirse a su causa. Día y noche su mente ocupaba el mismo pensamiento: justicia y libertad. Y comunicó aquellos sentimientos a los hombres de su navío, marinos que sabían que en el fondo la idea política por la que peleaban estaba corrompida. Así el sentimiento pasó de un hombre a otro, los guerreros se sumaban, escuchaban el mensaje y sonreían, el miedo desaparecía, la valentía volvía a ellos, la muerte ya no importaba pues la causa era justa. La idea de revuelta, motín, era el alivio, un suspiro profundo, el corazón latía rápido, alegre, emocionado.

Y esa mañana del 24 de febrero de 1914, cuando caía una ligera brisa y la neblina descendía hasta el mar, un marino se acercó al teniente Malpica, quien observaba al resto de la armada y le dijo “es hora”, entonces se reunieron con un grupo de hombres y todos marcharon hacia la cabina. El resto de la tripulación, al ver pasar al oficial rodeado de guardias, advirtió la trifulca. Los leales al régimen corrían a sus puestos mientras los rebeldes apresuraban su paso por el barco. De pronto la puerta de la cabina de mando saltó, los insurrectos entraron y encañonaron al oficial al mando y a sus subordinados. El capitán Manuel Castellanos intentó tomar su arma, pero apenas movió su mano uno de los opositores apuntó directo a su cabeza.

–¡Es por la patria! –dijo el rebelde.

–Capitán Manuel Castellanos, lo relevo de su cargo, hemos asumido el control de la nave, desconocemos al gobierno federal representado por el impostor Victoriano Huerta y peharemos por la república. La tripulación está siendo informada de esta revuelta justo ahora, quienes se adhieran a nuestra causa

permanecerán en el navío, quienes no acepten serán puestos presos y luego liberados. No tomaremos prisioneros. Esto es por México –dijo el teniente Malpica.

Acto seguido uno de los amotinados tomó el timón y el barco comenzó a romper las aguas. Para entonces la rebelión había sido advertida desde el Guerrero, los insurrectos portaban armas, los reducidos caminaban rendidos con las manos sobre sus cabezas. El capitán de la flota, Ignacio Torres, supo de inmediato que se trataba de un levantamiento, una traición. El cielo, el mar y el susurro del viento le hablaban de ello, el trinar de las aves lo anunciaban, así son los hombres de mar: sabios, valientes.

La neblina impedía la visión, pero gradualmente la imagen del Tampico se revelaba, se diría la aparición de un barco fantasma rompiendo las aguas. Y sus hombres, fieros, valientes, erguidos, prestos para la batalla, ocupaban sus puestos de combate. Tal imagen amenazante obligó al capitán del Guerrero a comandar a sus marinos a la voz de alarma, entonces giraron sus rifles y cañones hacia el enemigo, que ganó distancia de los otros navíos. Pero no pudo superar al Guerrero, que obstaculizó su escape.

–¡Deténganse, serán abordados! –dijo uno de los marinos del Guerrero por órdenes del teniente Ignacio Torres.

Los marinos se vieron, ambas tripulaciones, y siguieron de largo.

–¡Deténganse o dispararemos! –ordenó una vez más el militar.

El teniente Hilario Malpica salió a cubierta y enfrentó al Guerrero y su tripulación.

–Capitán Torres, hemos desconocido el gobierno federal encabezado por el general Victoriano Huerta y lo acusamos de alta traición, por ello hemos tomado control de este barco para pelear contra el impostor. Todos los hombres de esta armada somos compañeros, amigos, pero nuestra lealtad no es para con nosotros, sino para con la nación, juré lealtad a México y combatiré a todo aquel que mancille sus tierras y mares. Juro que enterraré en el mar a quien se oponga a la libertad, a la justicia. Así que les pido que comulguen no con mi idea, sino con el juramento que todos hemos hecho: proteger esta tierra, proteger estos mares, de lo contrario, hoy todos vamos a morir.

–¡Depongan las armas, serán abordados y arrestados, serán juzgados por un tribunal militar por alta traición! –exclamó el capitán Torres, indiferente, como si no hubiera escuchado otras palabras sino las suyas.

–¡Preparen los cañones y todas las armas, apunten al enemigo! –ordenó el teniente Malpica.

Entonces los militares de ambos navíos dispusieron las armas al frente, apuntaron al enemigo y se vieron las caras, reconocieron en el otro, al ahora rival, a su probable asesino, al antiguo amigo, al camarada, aquel con quien compartieron una sonrisa, una cerveza. Otros, incluso, un naufragio. Las miradas del cabo de mar Miguel Izquierdo y el cabo de cañón Matías Lorenzo se encontraron, eran amigos, el primero se hallaba en el Guerrero y el otro en el Tampico, jamás se

habían visto hasta que naufragaron a causa de la guerra, como tantos hombres que son olvidados y yacen muertos en la profundidad del abismo. Izquierdo había rescatado a Lorenzo y viajaban en un trozo de lancha del enemigo, allí despertó de su sueño. Izquierdo le dijo que los restos donde flotaban era de una barca que había hecho pedazos con un cañonazo; era una suerte de trofeo. Así trascurrieron los días, el mar los estrangulaba y luego les otorgaba el soplo vital, los revivía; los azotaba la terrible lluvia, pero saciaban su sed con ella y el ingente sol les producía quemaduras. Aprendieron a nadar entre tiburones y soñar despiertos, vivir en el vacío, en el mar infinito, hasta que la armada federal los rescató y asignó a sus unidades. Desde entonces cada mañana, apostados en sus respectivas naves, erguían la mano y se saludaban. Esta vez apuntaban sus armas un contra el otro.

–Tenemos al capitán Castellanos y a sus hombres, los liberaremos y nos dejarán salir del puerto –dijo el teniente Malpica.

No había mucho que pensar, si atacaban al Tampico podrían morir los rendidos, entre ellos el oficial Castellanos. El capitán Ignacio Torres ordenó bajar las armas.

–Libérenlos y les dejaremos el camino libre –dijo el capitán Torres.

–Mantengan posición de fuego –ordenó el teniente Malpica a su tripulación, y permanecieron prestos mientras el capitán Castellanos y sus hombres fueron conducidos fuera del Tampico en barcas salvavidas. El resto de la flota enemiga se retiraba para liberar el paso de los rebeldes que comenzaron las acciones para salir del cerco y aprovecharon la liberación de los marinos para retirarse, pues el Guerrero no atacaría ya que pondría en riesgo a sus hombres.

El Tampico ganó distancia de los federales, pero el horizonte aún se mostraba lejano y la armada se perdía en la neblina; sin embargo, un aire frío llevaba un rumor extraño, cargado de incertidumbre y miedo. La tripulación permanecía alerta, sin parpadear, cual marinos experimentados bebían agua, secaban el sudor de sus frentes, comprobaban que sus armas estuvieran cargadas, golpeaban su rostro para aplastar un sancudo y no parpadeaban, sus miradas estaban expectantes del punto que habían abandonado. Tales hombres necesitaba la nación. Y el navío arribó a la bahía de Topolobampo y allí permaneció fondeando, cercado por el Demócrata y el Oaxaca desde la distancia, advirtiendo la posibilidad de un ataque.

Y los días nublados se sucedieron uno tras otro, el eco de un viento extraño golpeaba los navíos y espantaba a los marinos, se escuchaban disparos erráticos motivados por sobresaltos y el mar llamaba a los hombres por sus nombres, una voz femenina ascendía desde el abismo y pronunciaba palabras indescifrables, letanías, oraciones para salvar las almas de los guerreros. Los convalecientes escuchaban aquel como canto de sirena y dormían, soñaban, respiraban aliviados; los demás parpadeaban, descansaban los ojos, fumaban y brindaban por la revolución. Era un lenguaje arcaico que sólo el espíritu comprende. Tras aquel murmullo alentador intentaban burlar el bloqueo que mantenían el Demócrata y el Oaxaca, pero era imposible, las escaramuzas no llegaron a más, apenas

conseguían tocar a los barcos enemigos se suscitaba intento de diálogo para lograr la rendición de los insurrectos que un intercambio de fuego.

Eventualmente los revolucionarios ganaban terreno y el 31 de marzo las fuerzas federales fueron enviadas para reforzar las guarniciones del puerto mazatleco ante el avance de las fuerzas del general Álvaro Obregón, así, al disminuir el bloqueo, el teniente Malpica ordenó abandonar la bahía para intentar burlar al Guerrero, que los esperaba en mar abierto. Con las calderas a todo vapor y estrategias evasivas lograron burlar su vigilancia y el murmullo triunfal de la evasión ascendió hasta el cielo.

Pero de pronto apareció una visión terrible, cuando la tripulación pensaba que habían superado a las atalayas enemigas, el cañonero Guerrero se acercaba a toda velocidad con sus armas y hombres dispuestos para la batalla. Muy pocos se sorprendieron, sabían que esto iba a suceder, conocían al capitán Torres y la fuerza de su buque. Entonces el enemigo tocó zafarrancho de combate. Un como estertor furente azotó el cielo y agitó las aguas, había llegado la hora trágica.

—¡Marinos, hoy vamos a morir, ese es el destino de todos, la vida es un suspiro, un parpadeo y muchas veces una mala broma. Hoy hemos decidido rebelarnos no a favor de un hombre, sino para pelear por esta tierra y nuestros mares, qué pasión más sublime que la libertad; mirar el mar, la vista no basta para contenerlo, nada es suficiente, no hay sentimiento que lo comprenda. Hoy sepultaremos a aquellos que fueron nuestros amigos o ellos nos enterrarán; no olviden pedir perdón al asesinar, pero no hay pecado si se mata por la justicia y la libertad. Hoy moriremos para que nuestras familias, nuestros hermanos mexicanos, puedan ver el sol en el cielo, la noche y sus estrellas —dijo el teniente Malpica.

—¡Viva México! —gritó un marino y el eco de su clamor fue llevado por el viento y se alojó en el plumaje de las aves, en las olas y la espuma del mar, resonó en las rocas, en los caracoles vacíos sobre la arena y la tierra y las aguas vibraron, entonces el enemigo, que estaba a distancia de tiro, disparó uno de sus cañones, pero he aquí algo asombroso, el clamor fúrico se había incorporado a la vibración del entorno y las olas se irguieron, las acompañó el viento y la tierra se estremeció y la bala atravesó el viento y golpeó las olas y perdió fuerza y se hundió.

Sucedió el silencio, sólo el sonido de la naturaleza recorría las aguas. Todos quedaron asombrados, ¿qué había sucedido? Pero el ambiente fue interrumpido por la orden del teniente Malpica de abrir fuego contra el Guerrero. Y fue disparado un cañón y la bala golpeó, débil, el casco del buque enemigo. La respuesta fue inmediata: dos cañonazos impactaron al Tampico y uno más se estrelló en las aguas, provocando una breve pero fuerte ola que, aunado a los impactos, derribó a los marinos y algunos fueron expulsados al mar, otros fueron muertos al instante y sus cuerpos flotaban, impulsados por el vaivén de las aguas. El murmullo de la batalla era atronador, disparos de fusiles, cañones, los gritos de los heridos, de los coléricos, las órdenes de mando, las blasfemias, los rezos; el mar sabía a pólvora y sangre.

Los ataques del Guerrero eran salvajes y certeros, contrario a los del Tampico que eran fuertes, pero pocos golpeaban a los federales, además el barco era lento respecto del enemigo; así, mientras el navío de los rebeldes era blanco de los disparos, el otro esquivaba los embates y su tripulación era poco más del doble, por lo cual el fuego no cesaba y esto derivaba en la disminución de los insurrectos. Cañonazo tras cañonazo parecía que el barco iba a ser despedazado, los hombres caían heridos y la sangre escurría hasta el mar y antes de morir se arrastraban y se tiraban por la borda y flotaban de cara al cielo y luego el mar los sepultaba, los llevaba en sus brazos hasta el fondo de sus abismos, cubría sus ojos y oídos con sus canciones y recuerdos, apartándoles de la guerra, del sufrimiento. Sólo el mar sabe dónde descansan cada uno de esos valientes, su memoria yace intacta en el mausoleo abisal.

Incluso algunos hombres, agonizantes tras ser alcanzados por un disparo caían y se incorporaban de inmediato para continuar la batalla. Para entonces el Tampico comenzaba a ser abordado, los federales tenían la consigna de tomar prisioneros para ser juzgados por un tribunal militar por alta traición, así que sometían a sus compañeros, pero los que se resistían eran asesinados en el acto. Atroz escena aquella, hombres decapitados, mutilados, arrojados por la borda para morir ahogados, en el Guerrero sucedía lo mismo, aquellos hombres que obstaculizaban la batalla era expulsados por las portas, los heridos eran evacuados a la enfermería, bajo el nivel del mar, donde sus gritos eran silenciados; allí, en la cámara baja, la sangre había cubierto el suelo y las paredes, pero era camuflada por la pintura roja a propósito de ello.

Los cañonazos habían menguado a causa del abordaje, además el Tampico había sido reducido en hombres y fuerza de fuego, pero aún contaba con cañones suficientes para hacer un último ataque. El teniente Malpica ordenó una vieja táctica de guerra: el tiro para desarbolar. Contaban con tres cañones y sólo una carga para cada uno, así que cuando el Guerrero lo rodeaba, giraron a babor y dispararon a los aparejos, los disparos dieron en el blanco y quedó dificultado para maniobrar, apenas tuvo pérdidas ligeras de hombres. La maniobra logró su objetivo, los marinos federales fueron sorprendidos y su nave perdió el control, un grito de victoria estalló en el barco rebelde y los asaltantes, al verse lejos de su nave, se rindieron, otros tantos saltaron al agua. El Tampico, derrotado, se alejó lento, herido de muerte y con muchas bajas al puerto de Topolobampo, batiéndose sólo con el cañón de popa, el único funcional; así, después de ganar Punta Copas y Punta Prieta encalló en los bajos fondos, escorado de babor y ligeramente levantado de proa. El Guerrero había disparado 155 granadas de 100 mm. El Tampico, por su parte, disparó 65 de 4 mm y 170 de 57 mm, lo cual causó daños en la amura de babor, toldillas, camarotes y macheros de babor y el puente de mando, además, tres de sus seis cañones habían sido inutilizados, no obstante, mantenía su capacidad de maniobra y la potencia de sus calderas, por ello permaneció al acecho en alta mar, vigilando desde el horizonte.

Allí resistió el Tampico, humeante y averiado, con heridos, mutilados, deprimidos y frustrados. Todos se preguntaban si había valido la pena; los muertos por fin eran libres, los vivos agonizaban, con cada suspiro se agota la vida. ¿Para qué pelear?,

se preguntaban algunos, ¿acaso veré el fin de la guerra?, cuestionaban otros. Ambos desaparecieron en aquella batalla, oh, cruel destino. Esa noche, luego de auxiliar y brindar los primeros auxilios a los heridos, la tripulación trabajó intensamente para reparar las vías de agua, ya que la nave presentaba 18 agujeros bajo la línea de flotación. Nadie durmió, no había tiempo para soñar, el dolor era incesante. A la mañana siguiente, apenas despuntó el sol sobre el mar, los marineros muertos en combate fueron sepultados en Punta Copas con arena del mar y anhelos de libertad, de justicia, coronadas sus tumbas por un cielo límpido, de un azul extraño.

La noticia de la rebelión del Tampico la comunicó el teniente Malpica ese mismo día, el 1 de abril de 1914, por medio de una misiva remitida a general Álvaro Obregón, en ella se ponía bajo las órdenes de dicho oficial y comunicaba los pormenores de la batalla, puntualizando su situación actual. Los constitucionalistas recibieron con júbilo la epístola y decidieron enviar una comitiva para dialogar sobre la revuelta y la adhesión al movimiento revolucionario, ya que el general en jefe ordenó a Malpica que nadie abandonara el barco pues se comprometía a brindarle todo el apoyo necesario para ponerlo a flote.

Trece días después el general Álvaro Obregón arribó al puerto de Topolobampo para dialogar con el teniente Malpica y conocer las necesidades de la tripulación. El jefe del Ejército del Noroeste y su estado mayor abordaron el Tampico y estrecharon la mano del oficial a cargo. El teniente, cual marino de carrera, ordenó izar el pabellón del cañonero en el palo mayor, el lábaro ondeaba con fuerza y valentía, semejante al vuelo de las águilas, se diría que aspiraba al cielo, cada vez más alto; la bandera, rompiendo al viento, parecía gritar: JUSTICIA y DEMOCRACIA.

El general Obregón recorrió aquella estampa de la tripulación, hombres cansados, sucios, heridos, pero fieros y valientes, dispuestos a dar la vida por la nación, por todos los hombres, vivos y muertos, nonatos y por nacer. La esperanza es el único futuro, el sueño y el destino de los valientes, un futuro inherente al presente.

Desde el Guerrero, el marino atalaya que vigilaba día y noche la actividad del Tampico vio ondear el estandarte en el navío, en seguida lo comunicó al capitán Torres, quien de inmediato advirtió lo que sucedía.

–Han pactado con los constitucionalistas, y aquel por quien ondea la bandera no debe ser otro que el general Álvaro Obregón. Es hora... llegó la hora... ¡Alisten los cañones, calderas a todo vapor! – ordenó el capitán.

Mientras el Guerrero se acercaba a toda velocidad, el general Obregón dialogaba con el teniente Malpica acerca de las fuerzas reunidas en Mazatlán, entre las que destacaban 10 cañones de grueso calibre, 10 ametralladoras pesadas y un avión Martin ‘Pusher’ biplano al que habían bautizado Sonora, el cual había sido retenido en la frontera norteamericana a causa del embargo impuesto por Estados Unidos para impedir que los constitucionalistas se armaran; pero, burlando a las autoridades, la aeronave fue desmantelada para cruzar la frontera y rearmada en México; al día siguiente emprendieron el vuelo hacia Hermosillo siguiendo las vías

del tren; ahora el aeroplano estaba a cargo del capitán de ingenieros Gustavo Salinas Carmiña, miembro de la generación de los 'Primeros Cinco' pilotos mexicanos, y como ayudante el mecánico naval Madariaga. Así, armado con bombas rudimentarias, construidas con dinamita y remaches de acero, el avión había emprendido acciones de reconocimiento en el puerto de Guaymas, pues la armada federal del Pacífico hostigaba desde la bahía a los constitucionalistas con su potente artillería; ahora estaba listo para entrar en combate y se dirigía a Topolobampo para asistir al Tampico.

Así, mientras dialogaban y planeaban ejercicios bélicos, un marino gritó: ¡viene el Guerrero, armado y a toda velocidad! La comitiva que acompañaba al general Álvaro Obregón y al teniente Malpica, así como dichos oficiales, se volvieron al horizonte y observaron. Advirtieron al cañonero huertista rompiendo las olas, con los cañones apuntando al enemigo. El comandante del Tampico ordenó zafarrancho de combate, los hombres dispusieron sus armas, algunas sin cargar, además tomaron las precauciones necesarias pues el barco sólo podía disparar el cañón de popa y estaba imposibilitado de moverse.

El Guerrero inició el ataque a distancia amenazadora y el Tampico respondió, el contrataque decía: vamos a morir por la patria, esa será nuestra victoria.

Tal era su destino pues el Tampico no podía hacer frente ante los cañones de 100 mm; los constitucionalistas eran barridos con cada disparo del enemigo. Los gritos se sucedían no uno tras otro, sino en conjunto, a tropel, pero no eran clamores dolorosos, sino valientes, tan furentes que se diría una miríada de leones amenazantes con las garras afiladas y empapadas de la sangre tibia de la última presa, hambrientos de PAZ, pero la paz no llega sino cuando acaece la muerte. Los corazones latían fuerte y rápido, los puños apretaban con tal fuerza las armas que las astillas brincaban, los disparos eran incesantes, en repeticiones de tres cada uno, sin embargo, los hombres resistían, los heridos se erguían y tomaban lo que tuvieran a mano para volver a la línea de fuego. Sólo era eso, una demostración de valor. Incluso el general Obregón empuñaba su arma y disparaba contra el enemigo, el teniente Malpica daba órdenes, motivaba a sus hombres. Nadie daba un paso atrás, nadie rezaba, las oraciones tendrían lugar en sus funerales.

Con cada cañonazo del Guerrero parecía que el barco enemigo se hundiría, pero el rival no celebraba, sabía que asesinaba a hombres valientes, imposibilitados de responder el fuego, y las lágrimas asomaban en algunos marinos federales, pues allí, en el Tampico, resistían hermanos, cuñados, padres, hijos, amigos.

Oh, fortuna divina, cuando el Tampico estaba por ser hundido algo apareció en el horizonte, un destello en el cielo, un extraño objeto surcaba las nubes, algunos dijeron que era un dragón, otros advirtieron la tormenta, la paz, el fuego, un banco de peces. No era sino el biplano Sonora que rondaba al Guerrero a cuatro mil pies de altura. Todos contemplaron atónitos el diáfano firmamento, asaltado por aquel extraño artefacto de guerra.

–He ahí un ángel venido del cielo, una estrella que cae– dijo el general Álvaro Obregón.

Y allí, atravesando las nubes, los tripulantes del biplano observaron al Guerrero cual águila a punto de abrir sus garras para destrozar a su presa.

–Es hora de cazar ratones, Madariaga – dijo el capitán Salinas.

Entonces Madariaga liberó las rudimentarias bombas sobre los federales, los marinos rivales observaron el ataque, expectantes de su resultado. El objeto explotó en el mar y las esquirlas golpearon el casco e hirieron a algunos huertistas. El efecto del ataque motivó a los hombres del Tampico, quienes gritaron apasionados y fúricos. Contrario al Guerrero, donde se suscitó el pavor y el silencio a causa del mismo. El capitán Torres, al ver a sus hombres caer uno a uno, ordenó maniobras de zigzag para sortear las incesantes bombas que explotaban sobre ellos pues habían inutilizado uno de sus cañones, además, contratarcar al biplano era imposible, ningún arma podría acercársele; sólo era cuestión de tiempo para que el Guerrero fuera hundido, no había precedente alguno para saber cómo responder a este asalto y el efecto psicológico era letal pues los marinos del navío, creyendo que morirían, abandonaban las armas y saltaban al mar, aunque algunos fenecían a causa de las bombas que explotaban en el océano.

Al advertir la posibilidad de hundir al Guerrero, el teniente Malpica ordenó disparar al enemigo hasta agotar el fuego y los ataques del Tampico golpearon de lleno los costados del buque huertista. Los federales no podían sino escapar, así que el capitán Ignacio Torres ordenó la retirada y se alejó humeante hasta perderse entre la neblina y la brisa que había generado la batalla, se decía que llovía y la precipitación era fuerte y constante.

Por el contrario, un grito conjunto de alegría sumó las voces todas de la tripulación del ahora buque constitucionalista y el eco del fragor festivo ascendió hasta el Sonora como incienso de victoria. Salinas y Madariaga empuñaron la mano en alto sumándose a la celebración y emprendieron el regreso a tierra, para entonces el sol se mostraba ingente en el horizonte y bañaba las peñas y el agua con su soplo cálido y bermejo y una parvada de aves blancas cruzaba el firmamento y se perdía en el azul cada vez más profundo del cielo y el mar, allí donde la vista alcanza y los límites no existen. El azul donde todo inicia y todo concluye.

GEOMETRÍA DEL VACÍO

Eider posó su mano diestra sobre la urna funeraria que contenía las cenizas de Olivia Valentina; tan fuerte que sus dedos se tornaban blancos. Su rostro, gacho, oculto entre la penumbra del crepúsculo que se colaba por el grande ventanal de la sala y de su luenga y despeinada cabellera, lo hacía más adusto a causa del titilar furente del cirio, cuya flama era agitada por el suspiro violento de su pecho doloroso y melancólico. Una lágrima escurrió hasta su boca y se perdió en la comisura de los labios; era terriblemente amarga, semejante al ajeno.

–No puedo –dijo Eider con una voz débil que guardaba el grito terrible de la agónica muerte.

–Polvo somos, y al polvo volveremos, refiere la Biblia. Ese es el camino de la vida y de la muerte. De lo contrario no podrá descansar en paz –dijo Thiago, quien posó su mano sobre el hombro izquierdo de Eider.

–Este es su hogar, juntos construimos esto. Esta casa es su catafalco, y yo soy su guardián –apuntó Eider.

–No te das cuenta de que ella te visita en sueños porque sufre, no porque desea verte. Ella quiere descansar en paz. Necesita unirse a la tierra para completar su ciclo. Si hoy fallecieras, Dios no lo quiera, ¿quién se haría cargo de Olivia Valentina?

–Si hoy falleciera, este sería el día más feliz de mi vida tras la muerte de Valentina.

–Tú irías a la tumba y alguien se desharía de los restos de Olivia. A saber dónde quedarían, a dónde irían a parar –contestó Thiago. Es mejor que busques un trozo de tierra para que Valentina descanse y algún día yazcas junto a ella.

Eider no contestó, sino que quedó petrificado frente a la urna; se diría una estatua que honra el amor más allá de la muerte.

–Han transcurrido 10 años. La juventud se ha cansado de esperarte... no puedes seguir así Eider. Una década en la que te he acompañado, pero me ignoras.

–¡Entonces no vengas más, porque sólo una persona me hace falta!

Thiago apartó la mano del hombro de su amigo y se acomodó el suéter. Principiaba el otoño cuando aquella tarde, herido, se fue sin despedirse. Su único amigo, con quien había vivido miles de aventuras y desventuras, como la muerte de Valentina. Ambos varones eran célebres escritores. Pero tras la muerte de la prometida de Eider, él dejó de escribir. “No hay motivo para ello”, esa fue su última línea. Se recluyó en su casa y, pese a los reclamos de la familia de la finada, llevó consigo las cenizas de su amada. Y no hizo, sino envejecer, allí, a su lado, con un cirio siempre ardiendo para que su espíritu encontrara el camino a él. No al cielo.

Y desde aquel desdén hacia su amigo, el teléfono no sonó más. Thiago lo visitó cada semana desde la tragedia. Lo impelía a escribir, a avanzar, a retomar su vida. Pero Eider murió la misma tarde que Valentina. Él estaba condenado a la vida y ahora la detestaba. Pasaba los días en penumbras, a la sombra, por única luz la del cirio de su amada. Apenas se alimentaba de fruta y agua y ayunaba todos los días. Esa era toda su existencia, pues no era propio llamarla vida.

La sustancia onírica de Valentina acudía todas las noches, ora como un recuerdo, una pesadilla, un simple sueño. Pero aquel día, Eider soñó con ella en la sala, intentando tomar su urna para llevarla consigo, ¿a dónde? “Allí donde nos conocimos. Llévame al lugar de nuestro origen, y dame la libertad”, pronunció el fantasma. Eider despertó y acudió hasta su amada, pero no halló sino la oscuridad que rodeaba la luz del cirio.

–Te llevaré a la pradera donde nos conocimos. Cumpliré tu voluntad, aunque eso me destroza el alma... apartarte de mí.

Al día siguiente, con el amanecer, Eider viajó hasta Segovia, llevando consigo la urna de su amada. Transcurría el otoño. Aparcó el auto cerca del puente de San Lorenzo y descendió por las escaleras del antiguo molino. Volvía sobre sus pasos como hace 15 años, cuando conoció a Valentina, cuando ambos contaban con 25 años. El tiempo había hecho sus estragos. La infraestructura estaba oxidada y la estrechez del pasaje se observaba decadente; era una imagen de su amor. Grafitis, piedras sueltas, hojarasca y el viento silbando y golpeando entre los elementos de aquella estampa; se diría un fantasma que susurra nostalgia.

El moho yacía bajo el molino, adherido a las piedras que conforman el camino para evitar las aguas del Eresma. La luz que aguardaba al final de la oscuridad traía consigo un viento verde, con aroma a hierbas y a corriente de agua. Ganó la luminiscencia y halló las gigantes rocas del pasado y el camino de tablones de madera, que al terminar se encontraba el sendero de piedra y al costado, una soga para no caer, verde, enmohecida

Llegó al puente de madera que crujía al paso del tiempo porque está vivo y tiene memoria. La estampa es verde, amarilla y café, acompañada del trino de las aves que celebran el otoño. El río se extiende sobre el parque Alameda del Parral, donde visitó la pequeña cascada rodeada de una lluvia de hojas. Siguió hasta el puente de piedra y descendió por las escaleras para avanzar por el Paseo de San Marcos, bajo su arco de roca, donde las sombras de los árboles, su perfume y el canto de las aves celebran la vida, el día y la noche. El silencio es una expresión del amor, ¿la muerte también lo es?

Era mediodía cuando, tras la larga caminata, Eider llegó a la Pradera de San Marcos y descubrió, una vez más, la vista hacia el Alcázar de Segovia. Es una estampa de fantasía. Los altos árboles se dirían guardianes del centenario inmueble con el sol en su cenit. Eider acudió hacia los arbustos, abrió la urna y arrojó las cenizas al viento, cuya fuerza extendió en todas direcciones, y Valentina se fundió con el otoño. “Aquí nos conocimos, ahora habitarás entre los árboles y las aves cantarán en tu memoria la ronda de nuestro amor”, pensó Eider.

Y he aquí que, tras desaparecer las cenizas de Olivia al fundirse con el entorno, un murmullo romántico, tierno, femenino y juvenil se escuchó como un débil eco detrás de unos arbustos. Eider acudió hasta el punto y halló a una mujer tumbada en el césped leyendo *Soledades*, de Antonio Machado. Entonces, una mariposa *Polyommatus caelestissimus* cruzó sobre su cabeza.

La chica irguió la mirada, tan lento que se diría que observaba el pasado, hasta hallar al varón. Sus ojos lo miraron como se mira una ruina noble: con compasión y una secreta extrañeza. Eider sintió que el aire se plegaba en figuras invisibles, como si el mundo estuviera supeditado a una geometría cuyo centro era la ausencia y el vacío.

El libro descansaba abierto en sus manos. Un verso de Machado parecía hablar: “Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría (Yo pensaba: ¡el alma mía!)” Y Eider comprendió, con la lucidez amarga de los místicos, que el amor no se conserva, sino que se transfigura. Las cenizas ya no eran materia, sino tránsito. Imposible aprehender el amor.

La mariposa descendió, se posó un instante sobre la página y luego ascendió hacia el perfil del Alcázar de Segovia, cuya silueta hería el cielo con su firmeza medieval. “Todo permanece, y, todo se disuelve”, pensó Eider.

Nadie habló; callaron sus emociones. Entre ambos se tendió un silencio distinto al de la tumba; era un silencio inaugural. El otoño vivía, era, sucedía.

Eider no supo si había perdido definitivamente a Valentina o si, al fin, la había devuelto al orden secreto del mundo. Sintió un ardor terrible en el pecho y las lágrimas interiores le quemaban los ojos. Apartó la vista de la imagen delante de él y emprendió la retirada por un camino ajeno a su memoria. Por primera vez en diez años, el día no le pareció una traición. Fue apenas una herida abierta por donde comenzaba, con dolor, a entrar la luz, acompañada de una penumbra asfixiante. Luz y sombra en el torrente de su sangre.

NOCHE INCESANTE

El nocturno cielo diáfano se había ensombrecido por la imagen sombría del fuego y humo que ascendía hasta ocultarlo y la noche se presentaba caliginosa, como un precipicio, como una pesadilla. El incendio no resplandecía, sino que corrompía el color y la luz; los devoraba, cual si fuere un agujero negro y la imagen se expandía en la mirada de cada espectador, en sus corazones, en la piel, en la memoria, a fin de producir una herida terrible, invencible, imposible de sanar; que rompiera el alma, que la exterminara y el cuerpo fuera habitado por el miedo y se desarrollara hasta explotar su hábitat, como el germen que rompe la semilla y asciende para conquistar el mundo.

Ardía la arena y escapaban los bichos que radicaban en ella. El fuego aniquilaba todo, como si la casa tuviera raíces y era menester desarraigarla. Y así, como condenados por la marca de Caín, Carmen y Cosme, madre e hijo, permanecían aislados de los vecinos, que guardaban distancia para no contaminarse de muerte, de esa muerte que destierra, que oscurece la noche, que ciega la vida, que condena a vivir en busca de la muerte como única casa, como único camino. Habitar el miedo sin conquista, sino conquistado. Insepulto.

Madre e hijo permanecieron inertes delante del fuego hasta que su casa se convirtió en cenizas. Sucedió durante la madrugada. Ningún vecino durmió. Permanecieron atentos, insomnes, pero guarecidos en sus domicilios; expectantes de otra desgracias. Nadie ayudó. En estos casos la policía nunca llega, nadie se acerca a respaldar. Nadie quiere contaminarse, nadie quiere contagiarse de tal maldición.

Cuando solo quedaban los rescoldos, Cosme tomó la lona que los incendiarios dejaron como firma y advertencia y la colocó en las brasas y vio arder aquellos funestos caracteres: "El ke no paga no los chingamos". Y permaneció de pie hasta que el material desapareció. Fue, de alguna manera, una breve venganza.

La madre estaba petrificada del terror, de desaliento. No lloraba pues el incendio le había secado las lágrimas, las había hecho hervir hasta evaporarse. Hacía tiempo que no parpadeaba y los ojos se le enrojecían.

Cuando se acercaba la mañana y las últimas brasas se hallaban agotadas, Cosme tomó una rama vieja caída a unos metros de las cenizas y hurgó las despojos sin ninguna esperanza, pero con la intención de hallar algo incorrupto. Agitó por uno y otro lugar, pero todo era homogéneo y permeaba la miseria. Sin embargo, en algún punto encontró un objeto contundente. Comprobó el hallazgo al golpear hasta tres veces y la ceniza se esparció. Sacudió los restos aún más hasta descubrir el ignoto objeto y he aquí que encontró el baúl del abuelo, intacto, cuyo contenido era su viejo acordeón. Una reliquia familiar que databa de al menos 100 años. Sin embargo, de la ropa, su producto mercantil que comercializaban en

mercados ambulantes, no quedaba nada. Abrió el baúl allí mismo y extrajo el instrumento y abandonó la caja en las cenizas.

—No hay nada qué hacer aquí, mamá —dijo Cosme y tomó a su madre de la mano y se alejaron de ahí cuando el sol asomaba los distantes destellos de la mañana.

Caminaron durante largas horas, con la ascensión del sol hasta su cenit, hasta hallar una choza en lo alto de una montaña, donde encontrarían a la hermana de la madre, quien vivía con su marido, un quincuagenario enfermo de diabetes y con movilidad reducida, acompañados de un famélico perro que, a pesar de la mísera alimentación de tortillas duras, frijoles y sobras (cuando había), permanecía con ellos, triste su mirada, pero de espíritu inquieto y alegre, como si la esperanza viviera en él.

Cuando llegaron al domicilio el matrimonio les brindó resguardo. Sabían de lo acontecido, y por ello también temían represalias. Aunque carecían de todo, en México el asesinato es solaz. Los pistoleros de los cárteles dominan la tierra toda y pasean disparando al azar. Su gusto por la sangre derramada los enerva; les encanta contemplar los cuerpos atravesados por las balas, retorcerse, tornarse rígidos. No sólo el asesinato de la carne, sino de todo, de la memoria, de la imaginación, de la esperanza. Erradicar todo, para conquistar, para edificar su mundo. Y era muy probable que acudieran hasta aquella choza en busca de los sobrevivientes para arrasar con todo.

Fueron recibidos en el diminuto espacio, la tierra suelta como piso; maderas y carrizos como muros por donde entraba la luz, el viento, el polvo, el frío y la noche. Las ventanas no eran necesarias. Techo de palma donde anidaban toda clase de bichos.

Durmieron en el suelo, sobre petates. Solo ellos cuatro, pues al perro le impedían el ingreso. “Es un pulgoso”, decían. Tres días después la comida se había agotado y la tortilla dura que le pertenecía al perro, tuvo que alimentar a los humanos; el can no comió.

A la mañana siguiente la tía de Cosme habló con él.

—Vete, mijo, no podemos mantenerte. Ya eres un hombre. Ve a ganarte la vida. Yo cuidaré de tu madre, pero no puedo contigo. Llévate acordeón del abuelo, véndelo para sobrevivir, debe valer al menos para matar el hambre.

Cosme comprendió. Así que agradeció la atención, cargó con el acordeón, se despidió de su madre, quien permanecía muda, y partió. El perro, que dormitaba bajo un árbol muerto, se irguió y lo siguió. Cuando advirtió que lo seguía lo dejó acompañarlo en silencio, sin hablarse.

Al llegar a un antiguo paradero de concreto, grafitado y parcialmente derruido, ambos se tumbaron sobre el suelo para recuperarse del sol. Un hombre dormitaba sobre la banca, descansando la borrachera. Levantó la visera de la gorra y vio que

el chico cargaba con el acordeón. Buscó en su pantalón, extrajo una moneda de 10 pesos y la arrojó a Cosme.

—Échate un corrido chingón —exigió el hombre.

Cosme tomó la moneda y la guardó, desesperado. Quiso correr, pero estaba agotado.

—No sé tocar —dijo.

—Entonces para qué traes esa cosa —contestó el borracho.

—Para venderlo. Se lo vendo —dijo Cosme.

—Pa qué lo quiero, no sé tocar. Lo que yo hago es chupar y cuando chupo me gusta escuchar corridos chingones, así que toca, muchacho.

Cosme vio al perro, su mirada era más triste que nunca y su lengua estaba seca. Él se hallaba igual.

—Tengo sed, mi garganta está seca. Dame un trago para cantar —dijo Cosme.

El hombre alargó la botella, un tequila de pésima calidad. El chico la tomó y dio un trago mientras el perro estiraba la cabeza reclamando un poco del elixir. Cosme comenzó a manipular el instrumento sin saber bien qué hacer, pulsó las teclas, flexionó el acordeón y de pronto un acorde, luego otro y otro más. Acudieron a su memoria las imágenes de su casa ardiendo, de los hombres armados que los acosaron y amenazaron hasta que no pudieron pagar, entonces un calor ascendió desde su estómago hasta su boca, pensó que iba a vomitar, pero no era sino su voz.

“El conejo esta muriendo
dentro y fuera de la jaula
y a diario hay mucho muerto
a lo largo de la granja
porque ya no hay sembradíos
como ayer con tanta alfalfa”¹

El borracho comenzó a celebrar y chiflar emocionado por la canción cuando de lejos venía un rumor de autos. Aquella vía estaba tan deteriorada que se diría que ningún vehículo transitaba por esos lares; sin embargo, una caravana se acercaba a gran velocidad. El borracho se incorporó de inmediato, dejó caer la botella de tequila y echó a correr. Hizo lo propio Cosme, quien tomó al perro y se arrojó a una pequeña zanja entre la acera y el arroyo vehicular. Diez camionetas repletas de hombres armados pasaron de largo hasta alcanzar al borracho, que trastabillaba metros adelante, y abrieron fuego contra él. El cuerpo quedó tendido y los asesinos siguieron su ruta. Cuando los asesinos se perdieron en la distancia Cosme y el perro salieron de su escondite, se sacudieron el polvo y caminaron en busca de una tienda para comprar agua.

¹ *La granja*, Los Tigres del Norte.

En el camino, Cosme pensaba cómo pudo tocar el acordeón sin saber nada de música. Ni siquiera le gustaban los corridos. Pero la sed era avasallante y sus pensamientos tornaban a su padecimiento y no al asombro. Poco después compró una botella de agua y primero dio de beber al perro. Pensó que podría ganar unos cuantos pesos tocando el acordeón en vez de venderlo. Y así lo hizo. Se prometió que abandonaría México; era imposible vivir, sino sobrevivir. Viajaría hasta Estados Unidos, donde comenzaría una nueva vida y enviaría dinero a su madre. Ahora los fugitivos eran los ciudadanos honestos y trabajadores, no los cárteles ni otros criminales. El plan de “abrazos, no balazos”, de López Obrador, había fructificado... para los delincuentes.

Volvió al paradero junto con el perro. A lo lejos seguía tirado el cadáver del borracho. Esperaron hasta que llegó el autobús y subieron para cantar. Los pasajeros lo miraron con indiferencia, cansados, aburridos; otros miraban con desdén al perro. Cosme estaba nervioso. ¿Y si esta vez no podía tocar? Comenzó a pulsar teclas al azar, sin armonía, sino caos y ruido. Se detuvo, miró al público, ahora lo veían como si se tratara de un estúpido. Intentó una vez más, teclas al azar, ruido, más ruido. Suspiró.

— ¿Sabes tocar o no, tonto? —dijo alguien, molesto.

— Bájalo, chofer, y pon música —gritó otro.

Quería rendirse, se hallaba apenado. Probó de nuevo. Teclas al azar... nada... hasta que sus manos recordaron y comenzaron a bailar sobre el acordeón. Un corrido de la Revolución, eso era lo que tocaba. No sólo interpretaba la canción, sino que la revivía. Su cabeza fue inundada con imágenes en primera de persona de un revolucionario que, herido, cruzaba el desierto huyendo de los federales luego de asesinar a un oficial muypreciado.

“Huí por el desierto con sangre en el camino,
dejé a un capitán muerto, tirado y sin destino,
los federales me siguen, me buscan con desatino,
y cargo su muerte ardiendo muy dentro de mi pecho mío”.

Al final pocas personas cooperaron con unas monedas, suficiente ganancia para comer y beber. Tras saciar el hambre y la sed, Cosme se tumbaba en las aceras e intentaba practicar su música. No comprendía la funcionalidad de su talento, qué debía activar, qué teclas pulsar para componer al instante. Así, en soledad o en compañía del perro, no funcionaba. Como si el acordeón necesitara de público para operar.

Cosme decidió viajar hasta Nuevo León e intentar cruzar desde ahí a Estados Unidos, si no lo conseguía se quedaría ahí, encontraría una ocupación y esperaría un milagro. Como reencontrase con Fernanda, su interés amoroso que, como le sucedió a él, fue obligada por el narco a migrar con su familia a dicho estado, a fin de evitar que pagaran con su vida su derecho a existir. Se conocieron en los mercados ambulantes; ella vendía comida. Su interacción era breve debido a la dinámica laboral. Cosme no confesó su gusto por ella y nunca supo si era

recíproco; ni siquiera cuando Fer le dijo que escapaba a Nuevo León; pero esperaba encontrarla allá. Quería verla, aunque tuviera su propia familia.

Se dedicó a evitar policías y cárteles, comer tacos en esquinas o memelas y ser un músico de transporte público. La carretera se volvió un rosario de paradas sin nombre, sino de memorias. Cosme tocaba y el acordeón abría heridas. Cada canción era una vida diferente, una historia marcada por el dolor y la sangre. Polvo y sotanas, hombres corriendo entre cerros, rezos ahogados por disparos. Los cristeros caían de rodillas antes de caer muertos. Cosme sentía la pólvora en su lengua.

Luego, el metal del tren. Manos agrietadas trabajando campos ajenos, cuerpos fustigados bajo un sol que no perdona. No tenían nombre sino "braceros". Eran una sombra bajo el sol.

Sentía la noche hollada por camionetas tripuladas con hombres armados. Risas, armas, corridos que narran la criminalidad y presumen dinero maldito. Nadie moría limpio. Muchos morían jóvenes. Finalmente, el presente: gritos en cajas cerradas, cuerpos apretados, ojos vendados. El aire racionado como castigo. Cosme no veía, pero sabía. La desesperación, el terror, la ausencia, las familias rotas, la esperanza que persiste. El gobierno que miente y oculta.

Tras descender se hallaba distinto. Como si hubiera vivido todas esas vidas. Y una vez, al mirarse en el espejo de un baño de gasolinera se encontró desmejorado. Tenía 20 años, pero sus ojos y frente presentaban leves arrugas, como si gesticulara de manera tan dramática que su piel no se recuperara. Con el transcurrir de los días sus párpados se agotaban y decaían; días más tarde, una línea de cabellos pateados rodeó sus sienes y se extendió por sus patillas. Y, sobre todo, las canciones le dolían más que nunca. Muchas veces terminaba llorando o vomitando. En los temas que interpretaba no había sino dolor, era un recorrido histórico de México a través del dolor que muchos habían vivido, pero olvidado o desdeñado. Primero experimentó la sensibilidad y, luego, la enfermedad: diversas voces lamentándose, clamando por sangre, pronunciando ayes. Por única compañía, su perro, que fiel, lo seguía a todas partes y, contrario a Cosme, se mostraba mejorado, alegre y esperanzado. La vida en la carretera era mejor que en la montaña.

Cosme perdió la noción del tiempo. No supo cuándo arribó a Monterrey, Nuevo León. Aún era joven, pero su imagen era la de un hombre de al menos 50 años. Se parecía a su abuelo, algo distante del viejo habitaba en sus agotadas formas. El perro, robusto, lo miraba siempre triste, como condolido por su situación, como si hubiera transferido sus padecimientos y el can era vivificado. No era eso. Era el acordeón. No era un instrumento cualquiera: era una reliquia heredada que contenía culpas y agonía. Había pasado de mano en mano dentro de la familia, siempre entre hombres que tocaron para sobrevivir y sobrevivieron para cantar. Su madera guardaba el pulso de generaciones que no aprendieron la historia en libros, sino en la intemperie, en la experiencia dolorosa: músicos que enfrentaron guerras, asesinatos, traiciones, ferias, cantinas y funerales, dejando en cada nota una cicatriz. El fuelle respiraba como un animal moribundo, cargado de voces que no terminaron de fenecer. Cada tecla contenía una memoria, cada acorde una

escena vivida por quienes lo poseyeron. No reproducía melodías: las vivificaba. Y al ser tocado, exigía a su nuevo dueño no ser solo un músico, sino ser parte de la historia terrible de un país que crece debido a la sangre derramada, que clama desde tierra que su muerte fue inútil. Un país que no es lo que quisieron que fuera, no es sino traición y miseria.

Sucedía la alta hora de la noche de una jornada dura, como lo son todos los días en Monterrey, cuando Cosme descansaba en un bar decrepito como tantos hay en esa tierra donde la cerveza fluye más que el agua, que de continuo escasea. La mayoría de los parroquianos se habían retirado y solo quedaban los borrachos de siempre y sus acompañantes; la música había cesado y solo se escuchaban las conversaciones. El acordeonista no terminaba una cerveza light, sino que parecía su compañía. La miraba como si dialogara, como si deseara la compañía de algo humano, y no del perro, que descansaba hecho un ovillo a sus pies, sobre el sucio suelo, en el que se había formado un tegumento de cerveza, escupitajos, orines, rastros fecales, sangre y tabaco corriente. El cánido no podía hablar, sino ser fiel; era un milagro que viviera en un mundo humano.

De cuando en cuando las infaustas meseras (que también operaban como prostitutas) recorrían las mesas para adecentarlas. No faltaba la cerveza regada, la miscelánea basura de cigarros, botana, condones, notas de compra y demás. Palpaban los envases para retirar los vacíos, pero Cosme tenía la misma cerveza light. En eso, una joven mesera se acercó y el músico la observó. Su figura enjuta y rostro decaído y miserable poseían los últimos atisbos de belleza que alguna vez ostentó.

La mujer tomó el envase y al sentirlo lleno lo volvió a la mesa.

—Viejo, tómate esa cerveza, está a punto de hervir... y bebe más, para eso se viene aquí —dijo con desdén.

Cosme no dijo nada; examinaba a la chica.

—Vaya, eres de esos que solo tocan y no cantan. ¿Quién te dejó mudo?

Silecio.

—Aún tienes lengua o te la cortaron. Conozco varios tipos que querían ser famosos y componían corridos estúpidos. Ya sabes, de sujetos pobres que se vuelven delincuentes y ahora son los amos del mundo. Me metí con uno que componía mierda para la maña y por cantar demasiado le arrancaron la lengua. Después de eso parecía retrasado, espero que no seas su abuelo —rio la mesera. Cosme tomó el acordeón y comenzó a tocar los primeros acordes mientras la mujer lo observaba con desdén. Entonces comenzó a cantar:

“... Me duele hasta la vida
saber que me olvidaste.
Pensar que ni desprecios
merezca yo de ti.
“Y sin embargo sigues
unida a mi existencia

y si vivo cien años,
cien años, pienso en ti.”²

La mesera, enfadada, dio un manotazo al acordeón para callar al viejo. El perro se puso alerta, presto al ataque, silente.

— ¿Qué clase de mierda aburrida esa esa? Ya veo porque bebes cerveza light — dijo la mesera, que se alejó hasta otra mesa y se sentó con los hombres que la ocupaban.

Cosme tomó su acordeón y salió del bar, acompañado del perro.

La noche era oscura, no recordaba una noche así. Y las calles inhóspitas eran habitadas por vagabundos y drogadictos. Ambos echaron a andar a la espera del nuevo día.

² *Cien años*, Pedro Infante.

EL MOVIMIENTO PERPETUO

El crepúsculo llegaba lento aquella tarde de caluroso verano y la luz se retiraba a las esquinas, perseguida por la penumbra que ganaba terreno. Graznaban las aves que tornaban a sus hogares en lo alto de las copas de los árboles y el cielo se vestía de luto, traje de plumas e historias de supervivencia. ¿Acaso era el luto? (¿por quién) o la noche? Un grillo transita el patio, lento, como si el tiempo no existiera y una *crocus sativus* se recoge, se arropa, se abraza, como si no necesitara de nadie, de nada... es libre y ahora duerme. Una pluma blanca cae y en el cielo navega una parvada de patos.

Areu observaba el tránsito de la Luna posarse bajo su frente. Deseaba desde hacía dos meses beber una tasa caliente de té chai, pero el clima era insoportable. El plenilunio lo ameritaba, el astro parecía un hielo gigante. Dio un paso y su pie se posó cerca del grillo, que de un salto desapareció en una de las plantas de su jardín. Eira, su gata, apareció detrás de él y se frotó contra su pierna; él, en respuesta, pasó su mano sobre el peludo lomo y suspiró. Luego la felina continuó su marcha y se perdió en los arbustos, como solía hacer en temporadas de calor, pues buscaba un espacio fresco.

Aún persistía la luz y la Luna yacía en su cenit. Quiso beberla y dio un largo trago a su cerveza stout y lo paladeó algunos segundos, hasta agotar el frío del líquido. Desvió la atención del cielo y observó su jardín. Halló a Eira, que yacía echada, placentera, sobre el verde césped. Parecía dormir. Areu imitó a su amiga, se tumbó y abrazó su bebida; cerró los ojos, y dormitó.

Pasó un momento cuando escuchó que Eira se revolvía entre las plantas. No era la primera vez, pues los gatos suelen hacer eso. A veces se revolcaba en la tierra, otras, como esta, entre los helechos. Luego, un maullido, luego otro y otro más. Y poco después comenzó a ronronear; extraña acción, pues la minina sólo lleva a cabo tal expresión cuando es acariciada y no la siente que se frote contra él. Cansado y aburrido, Areu alarga la mano en busca de su amiga, palpa a ciegas, pero no la halla. Entonces se gira y abre los ojos. Allí, frente a él, descubre a una bella mujer, joven, de alrededor de 25 años, vestida a la moda, con ropa ceñida y un top sin mangas, que deja al descubierto su plano abdomen y breves hombros y delgados brazos; los jeans, a la cadera, acampanados y deslavados. Los pies, delicados y pequeños, las uñas pintadas de negro, se asomaban descalzos bajo la prenda. Su castaño y brillante cabello cae hasta sus hombros cual silente cascada. Los labios rojos y gruesos hacen pucheros; sus glaucos ojos tiemblan de ternura al observar a Eira, y ella, yace tendida sobre césped, ofreciendo la panza hacia la mano que la acaricia, la delicada mano de la extraña fémina.

Contrario a lo esperado, Areu no se asusta, sino que clava la mirada sobre la imagen femenina. Absorto por su belleza, deja caer la cerveza, que se riega sobre el césped. La intrusa mira al hombre y sus miradas se cruzan. Él permanece hipnotizado; ella, recoge la botella y rompe el silencio.

—Disculpa, Areu, tu gata me atrapó, es bellísima —dice la extraña.

—¿Qui..., qui... quién eres? —dice Areu.

—Me llamo Liora y soy la muerte. Es hora de partir.

—¿La muerte?, ¿partir?, ¿a dónde? —Areu tiembla, no comprende, pero siente.

—A casa, Areu, con Luna. Ya has dado el primer paso en este camino —Liora señala una mariposa negra suspendida en el aire, inmóvil.

Areu se vuelve y descubre la alevilla cerca de un heliotropo, golpeado por una gota de lluvia; se diría un trozo de infinito.

—La lluvia marca el camino. Esa es la primera gota —dijo Liora.

Areu, incrédulo, pasó la vista por la imagen, y no había sino la suspensión de movimiento, excepto Eira, que se frotaba contra la mano de Liora.

—Ella puede habitar ambos mundos —dice Liora, quien ha advertido el asombro del varón.

—¿He muerto?, ¿por fin he muerto?

—Sólo en la materia —dice Liora, extendiéndole la mano. Él acerca la suya, y al contacto de ambas comienza a llover.

—Esperé este momento mucho tiempo — dice Areu. Eira maúlla para apurarlo a ir dentro de la casa. —¿Qué pasará con Eira? Sólo me tiene a mí.

—Ella sabe qué hacer. Es hora de partir.

—Espera..., la lluvia... quiero disfrutarla.

—¿Tan pronto extrañas la vida? Fue una buena experiencia, ¿cierto?

—Sólo algunos momentos, con Luna y Eira. La amo tanto y la dejo sola.

—Ella sabrá qué hacer —dice Liora dándole una palmada a Areu.

—Déjame despedirme de ella, darle de comer y resguardarla en casa.

—Por supuesto, desde ahora el tiempo no es más.

Los tres ingresaron a casa sin necesidad de cerraduras, los guiaba el pensamiento, el deseo de llevar a cabo para que sucediera. Una suerte de teletransportación. Suceso extraño. Lo mismo acaecía con Eira.

Una vez dentro la alimentó, acarició y la contempló ser, existir. Repasó sus colores, sus bigotes, colmillos, orejas, ojos, mirada, cola, patas, patrones de pelo. Todo, para llevarla en la memoria y en el espíritu.

—Un sabio me dijo una vez: Son felices los ojos que saben encontrar la belleza en todas partes, y el recuerdo que forma parte de una felicidad debe ser llamado inmortal —dijo Liora.

—Respecto a ello. Tengo un último deseo. Beber una taza de té chai ahora que llueve. Es de las pocas buenas cosas de la vida. Allí, al lado de aquella ventana. Luna y yo nos sentábamos y bebíamos. Observábamos la calle y buscábamos la mano del otro y al encontrarla nos entrelazábamos y a veces dormíamos así.

—Que así sea.

Areu dio un breve trago al té caliente que despedía vapor y aroma a especias. Sobre la mesa dormía Eira, y afuera, la lluvia empapaba el cristal.

Llegaba la noche.

VINO VIEJO

La pasión lo llevó más allá de donde se oculta el sol, allende el mar. Él, tenía una única pasión, un único sentimiento; la libertad. Allá fue él, a costas lejanas de tierras desconocidas, en su búsqueda.

Era aún muy joven cuando abordó un buque de la armada y viajó por todo el mundo. Fue entrenado para matar, para pelear por la libertad, y allí, donde hallaba esclavitud, peleaba por erradicarla. No tenía posesiones, sino solo su espada de batalla y su ropa militar ataviada de condecoraciones.

Nadie sabía nada de él antes de subir al barco, era como si no tuviera pasado. Nunca hablaba de ello. En las noches de juerga en altamar, todos los marinos se reunían y bebían y comían a la luz de la luna que esparcía su reflejo sobre el mar; hablaban de sus familias y la nostalgia que sentían por ellos, las expectativas que tenían de su reencuentro, pero él, todo lo que hacía, era mirar la noche y el mar. Cuando le preguntaban por su familia simplemente no contestaba, su mirada estaba perdida en las olas del mar, y en las estrellas del cielo. No hablaba, sino solo para responder a las ordenes militares. Era el militar perfecto.

Cuando tocaban tierra y todos bajaban al puerto y corrían a los prostíbulos y bares, él los abandonaba y muy pocas veces se encontraba con sus compañeros en dichos sitios. Y allí, pedía una cerveza tras otra mientras despedía a las mujeres que se le acercaban. Muchas veces, su belleza atraía a las mujeres, quienes pedían a sus compañeros convencerlo para que fuera él quien tomara el lugar en la cama de las damas. Sus compañeros se encogían de hombros y por toda explicación decían que se trataba de un fantasma. Todo lo que hacía era ser un buen soldado; el mejor de todos.

Unas cuantas veces, en las noches de luna llena, es decir, cuando la noche estaba iluminada, se había encontrado al soldado escribiendo en una pequeña libreta; no se le cuestionaba ni se le interrumpía de su actividad, simplemente se le dejaba hacer y el compañero que lo descubría se retiraba sin que él se diera cuenta.

Circulaba el rumor entre quienes habían descubierto al soldado, que en aquella pequeña libreta escribía su historia; una suerte de diario de vida. Y la libreta tuvo el valor de un tesoro; el soldado, constituía un enigma. Pero, la guerra constante representaba un problema mayor que la identidad del soldado. Muy pocas veces podía mirarse al mar en calma y ver sus azules aguas, la guerra, dibujaba una imagen gris, semejante a una tormenta, y las aguas, perdían su color azul, para teñirse tinta en sangre.

Una madrugada, la guardia anunció el avistamiento de un barco enemigo, y todo el personal que ya dormía fue incorporado a sus puestos de combate. Efectivamente, el barco era enemigo, y, la inminente batalla fue anunciada por

fuego de cañón de parte del enemigo. Todos los hombres se preparan, toman sus armas y navegan hacia el enemigo. Al llegar hasta ellos, ambos navíos viran sobre sus costados y muestran sus cañones, luego; a la orden de uno de los oficiales, abren fuego. Las filas de cañones son disparadas una y otra vez hasta que las naves chocan y se escucha fuerte y claro, el grito de “¡al abordaje!”.

El misterioso soldado, empuñaba su arma hacia delante, impeliendo a sus hombres a la pelea y a la victoria, y, esperaba a sus enemigos que ya venían por las cuerdas, intentando abordar la nave; el cielo se había vuelto gris una vez más a causa del fuego de los cañones y el humo de la madera ardiendo, y, en las aguas del mar, ya flotaban los cadáveres y su sangre teñía de color bermejo el azul del agua.

Y entonces el soldado entró en combate, cortando cabezas, brazos y piernas de sus enemigos; los gritos de batalla, se confundían con los lamentos de dolor y sufrimiento. Pero el armamento del barco enemigo era superior, y el valor de los marinos del otro no fue suficiente para contrarrestar el fuego contrario. Pronto, el barco del soldado misterioso ardía en llamas, la gran mayoría de su tripulación yacía flotando en las aguas del mar, o en los restos calcinados del navío. El marino valiente se encontraba acorralado por tres de sus enemigos, quienes pretendían detenerlo para presentarlo ante el rey y después de un breve juicio, colgarlo en la plaza pública, pero, la fila de cañones armados de su propia nave estaba lista para disparar, y, así fue; los cañones abrieron fuego, y, uno de los disparos, impactó en la sala donde se estaba haciendo la detención del oficial y los cuatro marinos fueron derribados por el impacto. Minutos más tarde, la nave se hundía mientras era devorada por ingentes lenguas de fuego que el agua apagaba gradualmente mientras los restos del navío se perdían en las profundidades. Todos los sobrevivientes de la nave derrotada fueron capturados y echados al mar para ser alimento de tiburones, mientras que los marinos oficiales e importantes fueron llevados hasta la corte de su enemigo, donde también les esperaba la muerte en la horca.

Y el marino enigmático desaparece de las páginas de la historia. Nadie supo nunca su nombre, ni su origen. Su última morada fue allá, en el fondo del mar, donde nadie nunca, sabrá donde se encuentra su cuerpo, allá, en el lugar donde se olvidan los recuerdos, donde las flores no llegarán jamás a su destino; ese lugar es, el abismo.

La guerra, siguió su curso, y continuó y continuó, y, continuó; esa, es la historia de la humanidad ¿Cómo puede desaparecer una, sin que desaparezca la otra? Eso, no es posible. Hombres van, y, hombres vienen; todos ellos, hacen historia, pero ninguno, puede cambiar la Historia.

El marino despertó al amanecer sobre una playa, con el agua fría inundando sus piernas, y, descubrió a una bella mujer a su lado que le servía un tazón de vino tinto. El marino se incorporó y vio alzarse el sol sobre el mar y la copa de los árboles, sobre sus hombros, y esperó allí, con la marea yendo y viniendo sobre sus piernas. El hombre preguntó el nombre de la mujer; al no responder, él la sujetó por los hombros y exigió una respuesta, pero ella, no contestaba, ella, era;

muda. La mujer cayó sobre sus rodillas, y escribió en la arena del mar su nombre: Angélica. Ella lo impelió a bajar hasta la arena para escribir en ella su nombre, y así lo hizo. Con su dedo índice, el marino fue trazando cada signo que componía su nombre; era la primera vez que lo revelaba a una persona desconocida. Allí, sobre la arena de aquella playa, quedó escrito el nombre: Alessandro, que, lentamente, el agua en su ir y venir de las olas, se llevó de nuevo al mar. Angélica sonrió y, ofreció una vez más el tazón de vino. Alessandro lo probó, y sintió desvanecerse.

Alessandro abrió los ojos, y vio todo:

Era una lluvia ligera, las gotas apenas y se advertían resbalar por la piel, sin embargo, empapaban. Era una tarde gris, imagen antigua, fotografía en blanco y negro; pasado en un presente estacionario y, una sonrisa triste, solo una; la mía. El aroma del tabaco es el incienso en el pub y a veces una cerveza besa mejor que una mujer; fémica de labios fríos y saliva embriagadora, aroma internacional; cuerpo perfecto. Un par de tragos más y terminaré con ella.

Escucho risas, el fuego consumiendo el tabaco, el impacto del cristal al brindar, las palabras amorosas, las caricias tiernas; el mundo. Soy un anacoreta, aislado en la barra, entregado a la contemplación de la lluvia y a la soledad por penitencia. El mundo está detrás de mí pero le he dado la espalda...

En un parpadeo ya ha oscurecido, y, ahora que lo pienso, no se cuan largo es, o cuál es su distancia. La luz tenue apenas crea sombras, a mí tan solo me revela la soledad. Una silueta femenina se ha posado en la puerta del bar, avanza y el ruido de sus tacones me parece seductor; se sienta a mi lado y coloca su paraguas a un lado de ella; sobre el suelo. Su rostro es encantador, ebúrneo, perfecto. Toda ella está empapada. Viste una gabardina negra, un vestido negro que deja al descubierto la piel ebúrnea de sus pantorrillas y, unas zapatillas negras. El paraguas que porta; también es negro. La contemplo como si fuera una obra de arte...es ella; es Angélica.

—Por favor, sírvame una botella de vino de Caná —dice Angélica al barman; y su voz está llena de silencio. El servicio no tarda en llevárselo hasta su lugar, luego, pone sus labios rojos sobre el cristal de la copa y bebe un sorbo; delicadamente. Y yo la miro y sé que es ella; es Angélica; es imposible. Cuando se da cuenta que la observo se vuelve hacia mí y me mira, me mira con esos ojos llenos de vida, radiantes de belleza, de perfección y, seguramente me ha encontrado ruborizado a causa del alcohol. No deja de mirarme, es tan fina, tan bella, tan artística; tan poética. Su rostro tiene una expresión infantil, o quizá yo he vuelto a ser niño por tan bella imagen... sé que es ella... Angélica.

—Caballero — me dice, con su voz ausente de sonido — ¿es posible que traiga con usted un cigarrillo de clavo? Acostumbro acompañar mis bebidas con cigarrillos de clavo. — ¿Cómo es que sabe que tengo cigarrillos de clavo? No importa, los traigo y, le obsequio uno. El sonido del fuego consumiendo el cigarrillo es exquisito. Hace tiempo que ya he agotado mi cerveza, así que enciendo un cigarrillo y, lo fumo.

– ¿Qué ocurre, dónde estamos? – le pregunto.

– Es el vino, todo tiene que ver con el vino.

– ¿Pero qué tiene el vino?

– Es el milagro de Jesús de Nazaret ¿recuerdas? Su primer milagro.

– ¿La boda?

– Así es. Este vino, es el mismo que se tomó hace casi dos mil años, en aquella boda en Caná. Este vino, está hecho de tiempo, en los viñedos donde no transcurre el tiempo. Este vino, te ha vuelto a la vida, y con ello, te ha dado todo.

– ¿Todo? Yo navegaba y peleaba por un motivo, tenía una motivación, pero todo terminó en aquella batalla en alta mar, en 1481 ¿cómo es posible que este vino tenga cerca de dos mil años?

– En realidad el vino no tiene tiempo, somos nosotros quien le damos ese atributo. En realidad, esta bebida es; la inmortalidad, “quien beba de esta copa, no tendrá sed nunca más”.

– ¿Quién eres? – le pregunto.

– Soy un recuerdo que se hace cada vez más tangible, como todos los recuerdos que se obtienen de la experiencia de la inmortalidad.

– ¿Qué año es, qué hora es?

– En realidad no lo sé – responde ella – pero sé muy bien que este momento es nuestro.

No sabemos lo que ocurre, parece que el tiempo se ha detenido ¿o es que hemos escapado del tiempo abstracto? No importa, porque todo sucede y, volverá a suceder. Ahora somos dos anacoretas olvidados por el mundo, reunidos en un mismo punto, con la lengua empapada del vino milagroso de Caná y el silencio como el lenguaje de la soledad. Hablamos de la poesía francesa y del chocolate amargo, de la arquitectura barroca y las lenguas romances, del sabor amargo del amor y de lo dulce de la soledad, de tabacos de clavo y de las canciones para cada ocasión. De pronto, caigo en la cuenta que lo se todo. Poseo todo el conocimiento.

Angélica sirvió un par de vasos de vino y, uno de ellos, lo dio a Alessandro; y, sus bocas bebieron; fue como caer a un abismo o perderse en un laberinto; en sus cabellos, en sus ojos; en sus bocas.

Había un último cigarro, y decidieron compartirlo. Para acompañarlo sirvieron otro par de vasos. Era exótico, aromático, tenía un olor fuerte y agradable, su imagen era bella, como una pintura; su sabor era cosmopolita y sin duda, tenía el sabor del amor.

Llovía, y adentro del recinto, la rocola tocaba una canción a la noche; la pareja se miraba, y, entonces sus manos se tocaron; no había más que soledad en la piel de Alessandro, y, la piel de Angélica, era de la sustancia de los sueños, él lo sabía, pues sabía que era ella el motivo de su guerra y su búsqueda, ella era su amor y su nombre que a nadie más pronunció. Y, ahora era; “Angélica”, la pintura de Pino Daeni, de la cual tenía el recuerdo de haberla admirado en un museo italiano, y, ahora, había escapado para encontrarse con Alessandro.

Ambos decidieron que ya era noche, se miraron a los ojos mientras “*The Rain*”, de Melody Gardot se dejaba escuchar en sus corazones...

*“The rain the rain
Rain came down in sheets that night
And you and I stared out to the left and to the right
Rain came down in gusts seemed to laugh at us till daylight”*

Eran dos solitarios, nunca dejaron de serlo, eran Angélica y Alessandro compartiendo la soledad, jamás separándose de ella. Abandonaban el pub para perderse en la noche, mientras la canción continuaba...

*“The clouds, the clouds
Clouds raced out across the autumn sky
And you and I fumbled for a way to say goodbye
Strangers weren't we scared to look into each other's eyes”*

PRELUDIO NOCTURNO

Cuando conoció la génesis del problema supo que no volvería a vivir tranquilo...

Estaba herido, y la sangre que brotaba de la herida teñía tinta en sangre las piedras de la montaña, haciendo del rastro un riachuelo que evidenciaba la posición del perseguido.

La noche cubría todo, no había sino sombras que las nubes acentuaban más. Había allí, sobre las ramas de los árboles altos, luces bellas, que se diría una gama de fuegos, que hacían de la flora una imagen triste, una profecía de la tragedia; y, esas luces, no eran sino los ojos de búhos y lechuzas, observando la desgracia que ya venía.

Y Ernesto se tumbó sobre la tierra; abrazó el maletín, suspiró profundamente y, con la cara al cielo, aprisionó la última imagen en sus ojos, y los cerró.

Lo último que escuchó fueron los disparos de las armas; ya no pudo ver la luz que de los cañones emanaban, iluminando la noche como destellos de estrellas fugaces.

La mañana de aquel día Ernesto había bajado con el ganado hasta el llano, y se había posado sobre una roca, donde descansaba expuesto al sol, con los pies desnudos sobre la plancha de piedra, y un sombrero cubriendo su rostro.

Y permaneció así, hasta que una fuerte brisa le arrebató el sombrero y descubrió su rostro, y enseguida, un extraño temblor cimbró la tierra, un temblor vertical que hacía saltar la arena; y levantó su mirada, y descubrió un helicóptero que descendía muy cerca de él y su ganado; y a lo lejos, acercándose pronto, el sonido de disparos, repetición de percutores y gritos violentos. A lo lejos, ya se escuchaban las sirenas de los patrulleros y sus luces de alarma.

Ernesto vio el impacto de un misil sobre la cola del helicóptero; había sido disparado por aquellos hombres armados que se avistaban a lo lejos, y luego, las llamas cubrieron gradualmente el helicóptero hasta que tocó tierra, y explotó. Una cortina de humo y polvo se irguió sobre todo, y, lo cubrió todo. Ya nada pudo verse.

Cuando la nube oscura se disipaba, Ernesto se acercó hasta el siniestro, y, a su paso descubrió un hombre, hundido sobre una depresión del terreno, abrasado por el fuego, sujetando un maletín que protegía con su cuerpo. El cadáver, aún humeante, era asqueroso y, espantoso. Toda la piel se había derretido y esparcido sobre el terreno. Ernesto arrancó el maletín del cuerpo derretido y escapó veloz rumbo a la montaña, dejando atrás las reses, olvidándolas. Y se refugió en las cuevas, porque sabía que el maletín contenía algo valioso. Allí lo abrió, y descubrió en perfecto orden conjuntos de billetes de gran denominación que cubrían y colmaban el interior del maletín. Y se sintió dichoso y afortunado, e

imaginó todo lo que podía hacer con el dinero, y quedó dormido bajo el arrullo de sus fantasías, y no despertó, sino cuando la tarde moría triste, sobre un cielo pálido de nubes, y al mismo tiempo pintado de gama de fuegos, fundiéndose en una penumbra vaga; la flora se hacía triste a la par que la sombra se hacía ingente sobre pétalos y tallos.

Y caminó bajo la noche, rumbo a su casa, con el maletín y los sueños bajo el brazo. Pensó en partir con su familia a una ciudad distante, a una de esas ciudades donde la violencia no era extrema, y se había pactado una tregua que permitía vivir parcialmente en paz; porque estaba cansado de temer por su familia a causa de las constantes visitas al pueblo de hombres armados, estaba cansado de que sus hijos contemplaran camino a la escuela los cadáveres de hombres colgados en los puentes peatonales, los cuerpos mutilados tirados a orillas de los caminos, las cabezas de los criminales ajusticiados por sus rivales en el kiosco del pueblo. Cada día, no era sino una escena dantesca. La narcoviencia era un problema más grande, que involucraba no solo a los narcotraficantes, sino a la policía y ejército; ambos, confabulados y corrompidos por los carteles, se habían convertido en un problema de iguales dimensiones que el resto de las bandas criminales: robaban, violaban y asesinaban en nombre de la ley, justificándose en su falsa palabra y en el poder de su corrupta institución. A pesar de haber nacido en aquellas tierras, ese, no era lugar para él y su familia. El hombre se había denigrado hasta la nada, se había cosificado, y se le observaba por debajo de un animal; aun a las bestias se les emplea en el campo y su carne se aprovecha como alimento, al hombre, solo se le usa y se le asesina, se le destaza, se le desaparece y se le olvida. Qué importa un hombre si hay millones de ellos, dispuestos a las peores atrocidades por salir de su miseria económica.

La vida se había vuelto rutinaria, y se hallaban atrapados entre la miseria y la violencia. Solo esperaban el día que una bala terminara con sus vidas. Mientras tanto, solo es cuestión de sobrevivir.

Al llegar a casa encontró a todos muertos, la sangre de sus hijos y esposa se había mezclado con la tierra, y se había hecho fango, imagen asquerosa y abominable. Los cuerpos destazados de sus hijos yacían uno sobre otro, formando una horrible pira. Ya se escuchaban los sonidos de los motores y el tránsito de los vehículos cercando la casa, las luces altas ya iluminaban los arbustos, la arena triturada bajo los pies, y el sonido de las armas al prepararse para disparar hicieron que Ernesto huyera, una vez más, hacia las cuevas. Uno de aquellos hombres que venía a matarlo dio la voz de alerta al verlo escapar con el maletín, y todos dispararon; las ráfagas de fuego iluminaron parcialmente la noche, y descubrió al hombre que escapaba. Hombres a pie y en vehículos lo siguieron, disparando constantemente contra el hombre del maletín. Las rocas, que servían como bastiones donde Ernesto se refugiaba, sirvieron de muy poco contra las armas de gran calibre que portaban los asesinos; y una de esas balas, fue a parar en la pierna izquierda de Ernesto, una segunda se alojó en su brazo, y una tercera atravesó su riñón. Entonces cayó, rendido por el dolor, y cubrió con su mano sana las heridas de las balas para impedir la pérdida de sangre. A lo lejos

podía ver el destello de su casa vuelta en llamas, y soñó con todo lo que pudo hacer, si hubiera tenido un día más de vida.

A la mañana siguiente su casa no era sino cenizas y humo, los cuerpos calcinados al interior de la casa emanaban un olor nauseabundo, desagradable. Más allá, en la montaña, hallaron el cuerpo de Ernesto con el disparo de gracia. Un destacamento de militares había llegado hasta allí para recuperar el maletín; informados por gente del pueblo de la caída del helicóptero y de lo acaecido a partir de ello, llegaron hasta lo alto de la montaña, y buscaron por cuevas y caminos; al no hallar nada, se ordenó que el cadáver de Ernesto fuera llevado hasta los restos de su casa, y una vez ahí, se incineró para borrar toda evidencia del crimen, y así, gradualmente, los militares fueron desapareciendo las evidencias de todo lo acaecido.

Y la memoria de Ernesto y su familia fue olvidada.

ATREZZO

Silas entró a su casa y al dar el primer paso descubrió otra notificación de morosidad de pago de renta; era la tercera y, por supuesto, el interés por atraso incrementaba. Pateó el documento directo al tacho de basura; lo depositaría cuando llegara la hora de deshacerse de los desperdicios. Se tumbó en el sillón, con el cuerpo desganado, y quedó allí, de cara a su televisor, reflejándose en él. Suspiró. Eran las 17 horas de un miércoles, agonizaba el verano y comenzaba a correr un viento frío. Silas se levantó y acudió a la cocina a preparar café, pero descubrió que no había más, sino que el contenido de la cafetera era su última taza. No le gustaba el café rezagado. Suspiró de nuevo, agotado, y sirvió la bebida. Volvió a la pequeña sala y allí la consumió, lento.

Silas tenía 40 años recién cumplidos y nada más. En pocas palabras, sólo se tenía a él. Estaba desempleado, vivía en una diminuta casa de renta semiamueblada, se encontraba soltero desde hace cinco años y era adicto a los analgésicos, ya que su cuerpo estaba quebrado, pleno de lesiones crónicas a causa de su labor: doble de acción.

Silas se había dedicado a dicho ejercicio desde hace 20 años, cuando participó por primera vez en una cinta de acción. Entonces cursaba la licenciatura de biología, pero luego de destacar en el cine, decidió dedicarse de lleno a tal actividad. Era atlético y poseía gran agilidad. Su nombre y su figura se posicionó en el ámbito, pero nunca pudo escalar más allá. Buscó oportunidades, un lugar en el que su nombre apareciera en los primeros créditos; sin embargo, no tenía el perfil. “Posees el físico, la habilidad... ya sabes, si la vida te da limones...”, le decían los directores y encargados de casting. Una y otra vez fue rechazado para destacar en la pantalla grande. Su sueño era grabar una escena romántica con Natalie Portman y rodar una secuela de Piratas del Caribe al lado de Johnny Depp, sólo eso, ni siquiera ganar un Óscar.

Tras cientos de rechazos y ninguneos para protagonizar una película se dedicó a lo suyo: la fuerza, la acción. A pesar de aquella derrota, se jactaba de participar en siete filmes de *Rápidos y Furiosos*. No obstante, el dinero nunca fue suficiente para vivir como una estrella de Hollywood. No había prestaciones ni fondos para el retiro. Muchas veces tuvo que laborar como extra. Y así transcurrieron los años y con ellos vinieron las lesiones, desde daños articulares y de columna; óseas, como microfaturas por estrés; musculares y tendinosas; una conmoción cerebral. Y ello generó la adicción a los analgésicos.

A sus 40 años no tenía aquel cuerpo fuerte, sino delicado, con dolencias de un físico descuidado de 65 años. Crujían sus rodillas, el hombro derecho le imposibilitaba dormir de ese lado, la lumbar le duele cuando hay frío. Cada lesión la recordaba por la película que filmó. “Mira en esa escena me rompí la pierna”, o “casi muero al saltar de ese edificio”, decía a sus parejas en turno, cuyas

relaciones eran breves. Su actitud egoica, sus constantes dolencias y descubrir que no era sino, a veces un extra, aburrían a las mujeres.

Con cada lesión su cuerpo y su desempeño fueron a la baja. La recuperación le impedía trabajar y agotaba sus recursos, por lo cual solicitaba préstamos y de esta manera su trabajo nunca fue digno. Pero incapacitado de ejecutar otra labor, pues no sabía hacer nada más, continuó en ese ámbito. Y como tenía pocos amigos y ellos laboraban de manera formal, con horarios y demás, pues su tránsito era solitario.

Ese miércoles de agónico verano Silas volvió a casa derrotado, pues fue rechazado de un casting para un dentrífico. Sólo contaba con 500 pesos, debía la renta, dos créditos, no tenía café, pocas medicinas y un mínimo de alimentos. El verse en la pantalla era la única forma de estar en televisión, por ello la mantenía apagada.

De pronto recibió una llamada. Al ver que el número no era de algún acreedor, respondió. Era un director de antaño que se caracterizaba por negarse a usar CGI y emplear las nuevas directrices del cine de acción. Estaba a punto de iniciar el rodaje de una superproducción y quería a Silas en el set, pues era el mejor de los veteranos. Era su oportunidad y podría ser un nuevo comienzo.

El día de su llamado, Silas estaba allí, puntual. El rodaje acaeció según el calendario, hasta que se rodó una de las escenas finales. Silas tenía que saltar de una azotea a otra, y a su edad le pareció difícil, pero esta oportunidad era una puerta enorme. Estaba listo. De pronto, el hombro derecho sintió un pinchazo; la rodilla izquierda crujió cuando flexionó las piernas. Tembló. Entonces respiró hondo. Ya no sentía adrenalina, solo la presión de un oficio cualquiera que le había arrebatado sus sueños.

“¡Acción!”, gritó el director. Silas saltó, la cámara siguió el desarrollo. Su pie derecho aterrizó en el borde de la otra azotea, pero la rodilla, gastada y traicionera, se dobló hacia un lado con un crujido seco y aterrador. Fue una explosión sorda, como si alguien hubiera partido un tronco podrido dentro de su carne. El dolor fue un rayo cegador que le recorrió la pierna hasta la nuca. Un grito ahogado, más de rabia que de sorpresa y dolor, escapó de sus entrañas. Su cuerpo, fuera de control, se torció y cayó de lado contra la dura superficie de la azotea, rodando como un muñeco roto hasta chocar contra la pared de acceso a una escalera...

Dos años después, Silas se hallaba en un set de cine. Esta vez vestía un *overall* azul y caminaba con dificultad, arrastrando el pie derecho. Si no fuera por la escoba con la cual se sostenía, su andar y su labor sería más penosa. Ahora observaba desde las sombras y limpiaba los escenarios para que todo estuviera listo para la ¡Acción!

EL ALTO COSTE DE LA VIDA

Transcurría el estío, transcurría el mes de julio. Anochecía con el sol oculto entre las nubes, y una penumbra extraña cubría de negro las cabezas de los hombres y las calles de la ciudad; el transitar entre ellas, se dirían los senderos por donde se camina en el cementerio en busca de la tumba familiar. A pesar del tránsito de autos y personas, imperaba la soledad a manera de indiferencia.

En ese momento, tiempo oscuro, Óscar cruzaba la puerta del reclusorio, y, gradualmente, cada paso, lo volvía un hombre libre. Cuando por fin estuvo fuera del inmueble, la puerta fue cerrada tras de sí, con un golpe tan fuerte, que se diría que jamás volvería a abrirse, y un viento nuevo, extraño, abrazó su cuerpo; un viento helado que lo hizo temblar y sentir miedo ante aquella nueva sensación. Cruzó los brazos sobre su pecho, y caminó hacia la calle, iluminada tan solo por la mediocre luz de una lámpara. Y luego de atravesar la luz, se perdió en la oscuridad de la calle, de la libertad.

Llevaba puesto una sola muda de ropa y 453 pesos. Tenía hambre, sueño y frío. Y se acercó hasta un puesto ambulante de tacos, abriéndose paso en aquel concurso de personas hacinadas que comían y bebían muy cerca unos de otros, y, se unió a ellos.

Comía la tortilla y la salsa, y su boca se había secado, pero quería conservar el dinero, no lo gastaría en refrescos, pensaba saciar su sed en el grifo que riega los jardines de un sucio parque donde se reunían algunos vagabundos para pasar la noche; había visto a un par de perros beber de aquella agua, y a un grupo de pichones saciar su sed en el pequeño charco que inundaba un rosal.

Su rostro sudaba copiosamente, constantemente abría la boca y respiraba por ella intentando enfriar su lengua, el taquero le ofrecía una y otra vez un refresco, pero él, haciendo un ademán, lo rechazaba. Al mismo tiempo, repasaba una y otra vez los escasos billetes al interior de su vieja chamarra de mezclilla, los palpaba para asegurarse de que existían, para asegurarse de que podía permanecer en el mundo, siquiera por unos cuantos pesos.

Sintió una mano sobre su hombro derecho, se volvió, y encontró a un hombre sonriente.

–Vamos amigo – le dijo el desconocido – toma un refresco, va por mi cuenta. Yo sé por lo que estás pasando. – y le indicó al taquero que le diera un refresco, entonces el hombre pagó la cuenta, y se retiró.

–Gracias, hombre. Muchas gracias – dijo Óscar, y apuró el refresco de un solo sorbo, hasta casi agotarlo.

Cuando terminó de comer, Óscar llevó su mano hasta el bolsillo donde guardaba el dinero, y lo buscó. No halló nada. Aquellos pocos billetes, habían desaparecido.

Se levantó maquinalmente volcando la silla plástica y el plato ya vacío, haciendo girar las miradas hacia él. Se buscó desesperadamente, revolviendo la ropa, vaciando sus bolsillos, evidenciando la miseria que jamás lo había abandonado. Y cayó en la cuenta, aquel hombre que se había acercado hasta él, le había robado; aquella mano sobre su hombro y el refresco, habían sido la distracción necesaria para hurtar aquellos pocos billetes.

–¡No te hagas pendejo! – Gritó el taquero – ¡ya me sé ese pinche cuento! ¡Págame, cabrón!

–El hombre del refresco, me robó. Aquí tenía el dinero – dijo Óscar mostrando su bolsillo sucio y roto – y ya no está.

El taquero salió del puesto llevando consigo un largo cuchillo y se dirigió hacia Óscar.

–Hombre, te digo la verdad. Acabo de salir de la cárcel, tuve hambre y vine hasta aquí con dinero, ni siquiera quería comprar un refresco para ahorrar unos cuantos pesos, y mira, ese hombre me ha robado todo.

El taquero levantó el ingente cuchillo. Un hombre se interpuso entre ambos y dijo:

–¿Cuánto te debe? Yo pago. –

–50 pesos – respondió el taquero.

El hombre sacó un billete, y lo extendió. Nadie, excepto él y el taquero pudieron ver la denominación. Ambas deudas quedaban saldadas.

–Es un maldito criminal, no deberías entrometerte, este perro debería morir de hambre en las calles – dijo el taquero, y se volvió a su lugar.

El desconocido tomó a Óscar del hombre y lo alejó de allí. Él, ya no confiaba en las manos que se posaban sobre sus hombros, pues al parecer solo se levantaban por encima de él, era un escalón para ascender a otros.

–¿Es cierto que acabas de salir de prisión?

–Sí.

–¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

–Diez años y dos meses.

–Eso sí es mucho tiempo. ¿A quién mataste, amigo?

Indignado, Óscar se volvió a mirarlo, mientras el hombre tomaba un cigarrillo y lo ponía en su boca, luego, ofreció la cajetilla al exconvicto, y tomó uno. La noche era fría, y venía bien un cigarrillo.

–Me acusaron de asesinar a un vecino. No lo hice. Soy inocente.

–Me han dicho que eso dicen todos allí dentro. Que son inocentes.

–Y lo son. Cuando yo recorría la cárcel, sus pasillos, sus celdas, siempre encuentras a varios reos que son inocentes, todos allí lo saben, sus compañeros de celda, sus familiares, los mismos policías y jueces. Cuando llegué a la prisión, el custodio que me acompañó hasta mi celda les dijo a los demás: “Aquí traigo a una blanca paloma, no sean muy duros con él”, y mis compañeros respondieron: “Uno más. Viejo, de aquí no sales vivo, y sí sales, ya vas a estar muerto, muerto en vida.

–Así que es cierto. Tuve un amigo que estuvo en la cárcel y me relató lo mismo. No lo podía creer, hasta ahora. Pero ahora eres libre y has cenado, y aquella cena la he pagado yo, así que, ¿cómo me lo vas a pagar?

–Hombre, pero sí sabes que no tengo dinero, pues si lo tuviera, yo mismo hubiera pagado mi cuenta.

–Eso ya lo sé, por eso pregunto cómo es que me pagarás si no tienes dinero. Sabes que hay muchas maneras de pagar, lo sabes, pues estuviste en prisión.

Y Óscar recordó todas las veces que tuvo que pagar para sobrevivir en prisión...

La prisión, estaba rodeada de penumbras; los reclusos, no eran sino, sombras de ellos mismos. Miradas perdidas, el odio, la culpa y el dolor que nunca terminan, todos habitan allí, y gritan todo el tiempo, es imposible dormir, es imposible soñar; el miedo prevalece.

La juventud envejece y se pervierte entre los muros. Los rostros cambian, se deforman, se pierde aquella imagen de la libertad.

Lo primero que se escucha al llegar a la prisión es una recomendación que se vuelve regla: “No importa lo que te suceda aquí dentro, siempre piensa en tu familia, y diles que estas bien. Miénteles, porque en realidad sufrirás mucho, te violarán, te golpearán, te humillarán. Miente, siempre miente.”

En una diminuta celda donde cabrían dos personas, habitaban diez, en literas de duro y frío cemento. Y solo podían dormir en ellas, quienes pagaran el precio de veinte pesos diarios. Los demás, dormían donde podían, en las esquinas, sentados, o compartían la cama y el pago de la misma. Allí mismo, estaba el baño y las pertenencias de los reos, y todos, debían lidiar con ello y con ellos. Se pedía permiso y privacidad para usar el baño, por lo que había un acuerdo entre los reclusos para vaciar el intestino antes de dormir, así, el olor nauseabundo de los desechos no viciaría aún más el aire de la celda.

La comida, al igual que la cama, tenía un costo de veinte pesos. Algunos reos trabajaban en los talleres de los diferentes oficios al interior del penal para ganar unos cuantos pesos, pero la oportunidad de trabajo también tenía un precio, y a veces, el trabajo no podía cubrir el pago del mismo. La mayoría de reclusos eran mantenidos por sus familias; les otorgaban dinero, casi siempre una miseria, pues allá afuera, la vida también es muy cara; el tráfico de alimentos implica un impuesto más.

La cuota por protección, que no era sino pagar para no ser golpeado, equivalía a cien pesos diarios. Cuando Óscar o cualquiera de los internos no lo podían cubrir, simplemente eran golpeados, no con exceso de violencia, sino solo por golpear, para divertirse, para tener la mente distraída en algo, para olvidar aquella vida.

Óscar no podía pagar todas las cuotas para tener una vida digna. Muchas veces no comía, no se bañaba, y no podía lavar su ropa. Dormía en el lugar más miserable de la celda, un lugar al que le llamaban La Tumba. Nadie sabía exactamente el porqué del nombre, y nadie quería hablar de ello. Algunos hacían mención del frío despiadado que se siente ahí, el suelo es helado, al igual que el viento que llega hasta ahí; otros decían que quien dormía allí, enfermaba pronto y amanecía muerto; Óscar siempre pensó que el nombre, era adecuado porque son las dimensiones de una tumba, apenas cabe el cuerpo rígido sin hacer movimiento alguno, no se puede voltear, levantar la cabeza, doblar las piernas ni estirar los brazos. Es cierto, es frío, helado, y de alguna forma se está sepultado y olvidado bajo todos los demás compañeros que descansan en las literas. La Tumba está por debajo de todas ellas, un hueco, una ranura por donde transitan los roedores y cucarachas. Allí, durmió durante diez años Óscar, soportando el frío y la degradación de su cuerpo. Tenían razón sus compañeros, ya estaba muerto, y había descendido al infierno.

–No tengo dinero, te agradezco que hayas pagado mi deuda, pero no tengo forma de pagarte.

–Te salvé la vida, hombre, ese sujeto te iba a matar, y ahora dices que no puedes pagarme. Me debes más que una orden de tacos, me debes la vida.

–Muy bien ¿cómo podría pagarte?

–Solo debes de comer todo lo que ponga en tu boca.

–¿De qué hablas?

Y por toda respuesta Óscar recibió un beso pervertido. La lengua del desconocido penetró labios y mandíbula, y se abrió paso hasta su garganta. Óscar intentó empujarlo, pero el hombre lo abrazó muy fuerte, tomándolo por las nalgas y cuello, y Óscar quedó inmóvil, como petrificado por algún hechizo varonil.

El tacto de la mano sobre sus glúteos lo paralizó, tuvo el temor de aquellos días en prisión, cuando era violado constantemente...

Fue una violación grupal. Acaeció un mes después de su ingreso. Debía dinero a todos, mucho dinero, a los custodios, a los reclusos, no podía pagar, pero en prisión, todo se paga, todo se purga. Aquel día, acudieron seis hombres a su celda, cuatro de los residentes de la misma se encontraban allí mismo, entre ellos Óscar. Cerraron la puerta, y obligaron a todos allí a presenciar el asqueroso ultraje. Obligaron a uno de los reclusos a tomarlo por la boca para ahogar sus gritos, dos más a inmovilizarlo, y el último a montar guardia; luego, uno a uno, penetró a Óscar, al mismo tiempo que lo golpeaban. La violación duró dos horas. Lo mordieron, le escupieron, lo penetraron hasta causarle una hemorragia; y él,

los dejó hacer, capituló, no hubo más resistencia, y fue liberado, y sus compañeros de celda asistieron a aquella corrupción de la mente y del cuerpo. Todo tiene precio en la cárcel, por supuesto también el cuerpo, los reclusos se prostituyen para ganar dinero, saldar cuentas pendientes o intercambiar bienes o servicios. Así es la ley de la cárcel. Aquellos hombres tomaron lo que les pertenecía, y solo era una parte. Los meses transcurrieron mientras su cuerpo era mancillado por cientos de hombres, los había unos más perversos que otros que se dirían bestias apareándose, otros, tenían una actitud romántica, y preludiaban el acto sexual con besos y caricias, palabras sucias y amenazas a su integridad. Era carne fresca, y no descansarían hasta consumirla y podrirla. Muchos de los internos que habían padecido violaciones preferían quitarse la vida antes de ver cara a cara a sus seres queridos.

Óscar hizo caso de aquella ley de los presos, aquella ley de la sociedad, la única que da felicidad: la mentira. Y mintió a su esposa, mudó de rostros, de sentimientos y de palabras, y le dijo que se encontraba bien, le sonreía, y compartían la comida que ella le llevaba hasta la cárcel. Su esposa, al contrario, le relataba el calvario que es el ingreso al penal, la revisión de la comida, de la ropa, y los manoseos constantes por parte de los guardias. Él se enfurecía, pero no podía hacer nada, y ella, por él, no podía hacer sino alimentarlo, jamás le llevaba dinero, porque no tenía sino lo justo para vivir día a día.

Y fue en una de tantas visitas, que guardias y presos se fijaron en la esposa de Óscar. Ella, no era bella ni esbelta, era una mujer común, pobre, delgada, pequeña, y amante de su marido, capaz de hacer lo que sea por él. Y resolvieron saldar las deudas de su marido con ella.

El jefe de guardia la abordó, y le refirió todo lo que acaecía al interior del penal, los problemas de su marido y las constantes agresiones hacia su persona. Horrorizada, controlada por el miedo y débil por el amor, accedió a pagar las deudas de su esposo, se inmoló; una vida, a cambio de otra.

Su rostro se tornó tétrico, cadavérico; siempre pálida y ojerosa. Ya no dormía por pensar en las constantes humillaciones sexuales de presos y custodios. Cuando se contemplaba delante del espejo, no veía sino las marcas que los hombres habían dejado sobre su cuerpo, los sucios besos, los golpes, y no tardó mucho, en ver crecer su vientre, infectado con la semilla asquerosa de alguno de sus violadores. Después, no volvió a presentarse en la prisión. Ella, era la única conexión con el exterior, era toda la familia que Óscar tenía.

Intentó infructuosamente comunicarse con ella. Simplemente había desaparecido. Meses más tarde, uno de los prisioneros le dijo que su esposa había muerto. La policía la había hallado muerta al interior de su casa; el feto de 4 meses, había muerto también. La noticia, la había leído de un diario sensacionalista. La autopsia reveló que tanto la mujer como el producto estaban infectados de sida.

Cuando la noticia se esparció, Óscar recibió las peores golpizas; entonces supo que todos aquellos agresores, estaban enfermos de sida, habían sido infectados a través del cuerpo de su esposa muerta. Y conoció la historia de la difunta.

Óscar logró liberarse de aquellos labios, y arrojó al agresor contra el suelo. Y, enfurecido se arrojó sobre él, sobre sus ojos, y hundió sus dedos sobre ellos hasta hacer brotar la sangre y manchar su rostro. El hombre gritaba, pero bastó que Óscar levantara la rodilla para cerrar su boca sobre su lengua, haciendo que la cortara parcialmente, con lo cual quedó mudo. Para entonces, sus dedos se habían hundido hasta perderse dentro de las cavidades oculares, y aquel cuerpo, todo lo que hacía era convulsionarse.

Una patrulla circulaba en aquel momento, y descubrió a los dos hombres sobre el suelo. Uno de los policías bajo con pistola en mano y corrió hacia ellos, Óscar echó a correr enseguida.

Escapaba de la policía y de la cárcel, era la primera vez que escapaba. No quería volver a aquellos pasillos oscuros, sucios y derruidos; no quería vivir con aquellos hombres locos ni escuchar sus historias criminales, sus asesinatos, sus violaciones, sus robos, las estrategias y formas de sus crímenes, sus risas burlonas, sus pesadillas nocturnas, sus miradas perdidas.

El camino a los juzgados es largo y tortuoso, todas las veces que lo recorrió, volvió derrotado y humillado. Para la justicia, era culpable y debía comprobar su inocencia; nunca recibió una orden de aprensión, solo fue señalado y arrestado. El abogado acusador, aun sabiendo lo corrupto de la investigación o lo nulo de ésta, decía hacer su trabajo. A nadie le importaba nada, sino ellos mismo; cada uno, debe pelear por su vida

Intentaba escapar del policía que lo seguía de cerca. Pronto escuchó el aterrador sonido de múltiples patrullas y observó sus luces que cercaban su escape.

Corría. Intentaba escapar de todo, de la policía, de sí mismo, de su pasado, de la vida, de la noche, de aquel tiempo. Agotado y sediento, se detuvo a descansar en un parque, aquel parque de miserables, donde había visto a vagabundos y perros comer juntos. Y fue hasta el rosal inundado de agua donde las aves y perros saciaban su sed. Y cayó de rodillas sobre el fango. La sed lo dobló y capituló ante aquel espacio. Hundió su seca boca en el charco y bebió.

Era julio, era el estío, era de noche; y el viento soplaba frío, haciendo silbar las hojas de los árboles.

MEMORIA RAZONADA DE LAS ÉPOCAS EN QUE LA TRISTEZA FUE EL ÚNICO LENGUAJE POSIBLE DEL ALMA

Lyla revolvía su café a fin de que el mascabado se disolviera. Había dado varias decenas de vueltas al líquido desde hace cinco minutos mientras observaba el tránsito desde su ventana. La bebida se enfriaba con el fresco de la mañana; eran las 7:30 horas cuando la joven ejecutiva dio un sorbo a su bebida. Y luego otro. No disfrutaba, sino que era una herramienta para despertar. Y la supresión de la azúcar refinada estaba vinculada a ello, pues había leído en un hilo de X los beneficios de dejar de consumir tales sustancias. Agotada del tránsito lento y el sonido de los cláxones apartó la vista de la calle y los fijó en su celular. El feed de las redes sociales eran los mismos, día tras día: imbecilidades, absurdos, mentiras y crímenes. Sobre todo, personas grabándose en sketches que ora son tonterías ora revelan la verdad por medio de la tontería; reírse de la vida, porque ella se ríe de todos. Asimismo, los medios anunciaban la conferencia de prensa de cada mañana de la presidenta de México. Su voz no era lo único aburrido, ni sus gestos, sino sus respuestas: “fue Calderón, no tengo información, no somos iguales, vamos a revisar la fuente”. La realidad contrastaba con lo dicho por la mandataria. Bastaba aquella mirada hacia el mundo para volver a la cama. Lyla quería eso. Tornar a su lecho, pero la vida, todo lo que la rodea la impele a despertar, agotada de todo, y partir hacia su trabajo como cajera en un banco.

Asqueada, dejó la taza de café en la mesa, vistió su saco, tomó su bolso y se dirigió hacia su trabajo. El tránsito era un calvario. Tantas personas trasladándose a todas partes o a ninguna. Todo sucedía lento y el tiempo era veloz. Lyla quería dormir, aunque sea cinco minutos más. Desde el último año se había tornado reducida en energía. Su risa se apagaba de manera gradual, sus movimientos eran lentos, pausados, bostezaba de continuo, padecía insomnio o sueño intermitente y ello había derivado en leves ojeras que progresaban cada día. Su voz, antes ágil, ahora era tediosa, molesta; antes gustaba de salir a bares, a karaokes, ahora, tras terminar la jornada laboral, sólo quería volver a casa a descansar. Siempre padecía sueño, somnolencia y cansancio. Su cuerpo también había cambiado, de ser atractivo ahora parecía inofensivo a la vista, como un mueble más que sirve para algo. Los hombres que la pretendían uno a uno se apartaron de ella, y ella agradecía eso, pues estaba agotada de todos y de todo. Pero ese todo es la vida, y es muy cara sin importar si se es rico o pobre, vivo o muerto, porque la muerte también cuesta, por ello la joven continuaba con esa rutina.

Lyla llegó a tiempo al trabajo. Siempre lo hacía. La puntualidad también constituye un bono en efectivo, ese era la motivación. El eje de la vida, al parecer, es el dinero. Todo se articula desde su apreciación. Y es importante, pues sin dinero no hay café. El sueño, el descanso, por unos cuantos billetes.

Allí trabajaba Lyla. Atendiendo filas interminables de personas que retiran o depositan dinero para diversos fines. Esa era su rutina. Y los desconocidos tenían la suya, cada uno, sin importar su actividad. Incluso aquellos que no hacían nada productivo. Productivo, ¿para qué, para quién? Todos ellos pasaban más tiempo fuera de casa, lejos de las personas que aprecian y pocos, como Lyla, se preguntaban para qué. Vivía sola porque le gustaba ser independiente, pero, ¿además de eso?, ¿no había algo más? Trabajar para ser independiente. Pronto se dio cuenta de que eso no es independencia, pues está sujeta a un trabajo que la retiene y ocupa gran parte de su tiempo, es decir, de su vida, sólo para cubrir los gastos de una vivienda a la que sólo llega a dormir. Es decir, la casa es una herramienta del trabajo, pues su función es dar albergue al trabajador para descansar (si en realidad sucede) a fin de tener fuerzas para operar al día siguiente.

Muchas veces Lyla escuchaba hablar a algunos de sus compañeros acerca de sus familias: hijos, esposa, esposo, en fin. La relación de hechos no era sino caos y se decían cansados. No sólo de las travesuras o problemas escolares de sus hijos, sino de las deudas y menesteres propios y de los otros. Le parecía que la vida de ella era más sencilla sólo por no mantener hijos. Sin embargo, sus compañeros decían que ello era motivo de trabajar, de vivir.

Lyla pensaba que ella era suficiente motivo para vivir, pero se había dado cuenta de que ella no era el motivo, sino sus deseos, sus placeres. Trabajaba por satisfacerlos y por supuesto, al hacerlo, ella no estaba satisfecha, lo cual generaba un padecimiento moral, anímico, pues, aquella libertad, como la llamaba, era ilusoria. Muchas veces, al ver a los adolescentes reír de manera escandalosa, aunque le molestaba, también los observaba con nostalgia, cuando los deseos no eran tan complejos.

En una ocasión, cuando charlaba con una compañera de trabajo en su horario de comida sobre estas ideas, su interlocutora le recomendó consultar con un psicólogo. Pero Lyla afirmó que no estaba enferma, que no era una loca. Hoy muchas personas acuden al psicólogo a fin de gestionar sus problemas emocionales, manejar el estrés, mejorar sus relaciones personales, superar traumas o búsqueda de crecimiento personal. “Entonces hoy todo el mundo está loco. Este mundo crea locos... creo que hay que componer el mundo, es decir, la sociedad. El mundo crea los deseos, las insatisfacciones”, afirmó Lyla.

Muchas veces pensaba en otras vidas, las que ella no podía tener. ¿Cómo es la vida de un político? Es decir, en realidad, pues muchos saben que es una mentira y que sólo ocupa el puesto para eso, para mentir y cometer crímenes con impunidad. Pero qué habrá en esa mente, cuáles con sus motivos para llevar a cabo tales acciones. La vida de un jazzista, músicos a quienes admiraba pues consideraba auténtico arte este género, y no el reguetón o demás depravaciones, y se imaginaba a una persona que toca el sax o la trompeta, inserto en penumbras desde donde emergen las notas de belleza que iluminan la vida. Sin embargo, no podía imaginar más allá de tan fabulación. ¿Cuál es la motivación?

Tenía 25 años y un secreto que no quería revelarlo porque pensaba que al hacerlo se confirmaría el discurso que ella negaba. Hace dos años, es decir, cuando contaba con 23 años, Lyla fue diagnosticada con depresión, de manera puntual trastorno depresivo mayor. Este padecimiento le generaba terribles mareos. Justo así comenzó su situación. Ella siempre ha observado el mundo y esta agudeza, esta penetración de la visión le reveló, como verbalizó ella, que la vida no tiene sentido, sino solo los mundos animal, mineral y vegetal.

Un día despertó y miró el techo de su recámara. La habitación era blanca, y allí, en el centro de aquel espacio clavó su mirada y así permaneció, observadora, sin imágenes, sin ideas, sólo la visión, y de manera gradual esa blancura se disolvió y allí apareció la nada. Esa vacuidad le reveló la imagen terrible de la vida. Experimentó el nadaísmo, el sinsentido del ser. ¿Por qué desperté, para qué? Sintió desaparecer, es decir, no sentía el cuerpo, pero experimentaba el dolor de todo y todo le repugnaba, la hería. Escuchó el choque entre dos autos, el ladrido doloroso de un perro aporreado por un malvado, el diario matutino que comunica los crímenes de los gobernantes, el asesinato por dinero, el asesinato por celos, repunte del dólar, caída de la bolsa de valores, sequía en la mayor parte del país. Entonces la imagen que observaba comenzó a girar. Parpadeó y todo volvió a la normalidad. Se apartó de la cama y fue a la cocina a beber café, pero la bebida fue insípida. Desde entonces el café sólo fue una herramienta para ser funcional, una droga, lo que es.

A partir de ese día, Lyla comenzó a padecer ligeros mareos que de manera gradual escalaron hasta que incluso sentada sentía que el asiento se desvanecía y ella caía. Aunado a ello, su mala alimentación por los horarios laborales generó un sangrado al evacuar el vientre. Este padecimiento se desarrolló con diversos síntomas, como acidez estomacal, insomnio, inflamación abdominal y demás. Todos los galenos con quienes asistió le referían lo mismo: colitis. Sin embargo, ninguna medicina la curaba, sino que se degeneraba. La conclusión fue el sangrado, el cual no tuvo diagnóstico, pues el último médico explicó a Lyla que habría que llevar a cabo un análisis completo del sistema digestivo, desde la boca hasta el ano. Para entonces la joven se encontraba tan desenfocada, tan indiferente, que no le importó su situación. Comprendió su malestar, pero no le importó su muerte, incluso la deseaba.

Para entonces pensaba que la vida carecía de sentido. Era una joven atractiva y bella, pero tenía ideas contrarias a lo normal, a la mayoría. Había decidido que no se enamoraría, pues todo amor no es sino la derrota, ser el sacrificio para otro y ello, constituía una actitud egoica, es decir, el amor no existe. Sus padres y un par de sus familiares resultaron divorciados, además, observaba que varios de sus compañeros se enamoraban de continuo y juraban amor eterno a la pareja en turno, luego terminaban y hacían lo mismo con la siguiente pareja; los juramentos eran vacíos; el amor era una situación, un breve momento, una mentira.

Pensaba de manera similar del dinero. Era la cadena que ahorca el cuello del esclavo, además, nunca bastaba, por ello los políticos son tan despiadados,

porque tampoco es suficiente para ellos. Era la esclavitud, la esclavitud eterna, sobre todo si está acompañado por la familia, que constituye una deuda eterna.

A partir de este desarrollo de pensamiento sus amigos comenzaron a apartarse de ella. Tales personas no hacían sino divertirse, trabajar y divertirse; mejor dicho, trabajar para divertirse. Pasaban quejándose del trabajo de lunes a viernes y el fin de semana acudían a bares y antros donde se embrutecían con drogas y las noches terminaban con sexo o violencia. Luego, lunes y martes conversaban en el trabajo sobre aquella aventura y programaban la siguiente. A veces encontraban pareja, la cual, eventualmente, terminaba en problemas irresolubles. Y así la rutina se repetía. Por supuesto en los intermedios de este proceso había espacios para consentir deseos: un auto, ropa, fútiles caprichos. Y eso era la vida. Envejecer haciendo eso hasta formar una familia y repetir los patrones de los padres y entonces aguardar la muerte, si acaso se ha pensado en ello. Fue así como pensamiento transformó su vida, la deterioró. Y así enfrentó su enfermedad.

Para entonces su padecimiento había progresado y tras transitar entre médicos arribó psicólogos, quienes luego de analizarla, diagnosticaron trastorno depresivo mayor, por lo cual recetaron fluoxetina y poco después, clonazepam. Pero nada la mejoraba, sino que la adormecían. Lyla pensaba la realidad de otra manera, pues tales medicamentos sólo la hacían dormir para no enfrentar su realidad. Entonces llevaba a cabo su vida, pero sin penarla, justo como un robot, o peor aún, como zombi, pues estaba presente con un gesto adusto. No reía, no narraba.

Luego de varios meses de sólo ser funcional para generar dinero y pagar impuestos, un fin de semana, tras despertar de un sueño de clonazepam y harta de sentirse débil y somnolienta, acudió a la ducha, se bañó con agua fría, se vistió con ropa cómoda y salió a la calle y la vida se reveló como a sus ojos era vista: sin sentido. Pero agotada de ver la vacuidad en ese ir y venir de las personas ya sea por el arroyo vehicular o las aceras y plazas comerciales, se desvió hacia un parque. Se hallaba agotada, efecto secundario de la medicina, y quería tumbarse; estaba a punto del desmayo.

Acudió entonces a una pequeña laguna donde yacían patos y algunos pelícanos; en las aguas, nadaban tortugas y peces que de cuando en cuando saltaban y se dejaban ver por un instante. Lyla se tumbó bajo la sombra augusta de un árbol aquella tarde de verano en México. Aquel entorno la vivificó, el aire fresco, el sonido del agua, los saltos de los peces, el cantar de las aves, la yerba fresca, el día, la vida, esa vida, justo en ese momento. Aquellos seres siendo ellos, auténticos. Muchos de los patos navegando la laguna, sumergiendo el pico; otros, a orillas del cuerpo lacustre, a la sombra, descansando, sacudiéndose el plumaje. Lyla, admirada por aquella visión, concluyó que no se requiere nada más, sino justo eso, disfrutar la vida y alejarse del mundo.

“Hace falta fuerza y valor para disfrutar la vida. Los animales y las plantas y los insectos y las piedras y el agua... son admirables”, pensó Lyla al contemplar aquella imagen. Y quedó dormida. Despertó con el crepúsculo, un crepúsculo oscuro y pluvial; la lluvia le bañaba el rostro. Aquella noche tornó a casa y tiró a la basura los medicamentos. Se prometió abandonar su vida actual, y desde ese

momento cambió su alimentación, dejó de consumir carne y productos con azúcares refinadas y no se alimentó sino de frutas y verduras. Así, en pocas semanas, su sangrado al evacuar desapareció. El médico había dicho que podría ser cáncer, una perforación en el intestino o úlceras sangrantes o alguna herida en el esófago; nunca lo supo. Su mente se aclaró, el mareo desapareció, pero las ideas permanecían.

La vacuidad en la vida humana permanecía y escuchaba de continuo que muchas personas se hacen las mismas preguntas que ella piensa, pero la única respuesta es el olvido, es decir, no hay respuesta. La vida, tal como es, como la he gestionado el hombre, debe continuar. No obstante, Lyla continúa en su búsqueda del sentido de la vida.

Una tarde, luego de terminar la jornada laboral, Lyla acudió a un café y pidió un té chai. Mientras disfrutaba la bebida y escuchaba una pieza de jazz, ella pasaba el feed de sus redes sociales. Una noticia, terribles todas porque de lo contrario no son noticias, la hizo estremecerse. Masacre en Gaza por las fuerzas israelíes. El pueblo prometido por un dios pirata y asesino, un criminal, justo como su sociedad. “La vida es un sinsentido... y yo bebo té mientras la gente es masacrada... Qué hacen los demás... qué hago yo... Qué hago aquí, qué hago aquí, qué hago aquí”, pensó Lyla que quedó petrificada con la taza de té a medio camino de sus labios.

Acaecía el otoño.

“SIGO VIVA” (ENTREVISTA)

Abrió su vida de par en par ante la cámara. Farah tiene doce años y ha perdido todo. Su nombre, de origen islámico, significa: alegría, jovialidad, pero ya no siente nada de eso, todo lo que sucede en sus pensamientos es la idea de venganza. No sonríe; nadie recuerda su gesto alborozado. Ahora sobrevive en un campamento de refugiados a la intemperie, a la espera de tomar un arma y combatir a los sionistas.

Entrevistador: – *¿Cómo llegaste aquí, Farah?*

Farah: “Los aviones de Israel bombardearon nuestro barrio, una bomba gigante cayó sobre nuestra casa, yo jugaba con mis hermanos en la recámara cuando inició el ataque. Primero tembló, sabíamos qué sucedía, entonces uno de mis hermanos comenzó a gritar y dijo que saliéramos a la calle, otro gritó que nos metiéramos bajo una mesa. Eso hicimos. El bombardeo duró como diez minutos; me pareció una eternidad. Mi madre entró a la habitación, gritaba nuestros nombres. Luego, la casa se vino abajo. Todo era oscuridad. Mi mamá me salvó la vida, yo me encogí cuando sentí un golpe, ella se había arrojado sobre nosotros, sus hijos, pero sólo yo sobreviví. Cuando desperté mi madre me cubría con su cuerpo, su rostro estaba cubierto de sangre, la cual me había pintado todo el cuerpo; mis hermanos tenían la cabeza desecha bajo un gran trozo de lo que fue nuestra casa; yo me encontraba atrapada entre los escombros y los cadáveres de mi familia. Fui rescatada cuatro días después. Para entonces los restos de mi madre y hermanos comenzaban a oler muy mal. Nunca me abandonaron, estuvieron conmigo hasta el rescate. Luego los rescatistas me trajeron hasta aquí, donde algunos voluntarios nos reparten comida y unas fotocopias con artefactos explosivos que pueden estar escondidos en el suelo; muchos han muerto a causa de ellos”.

–*¿Cómo era tu vida antes del ataque?*

“Jugaba, iba a la escuela, ayudaba a mi madre. Quería ser doctora para ayudar a mi pueblo”.

¿Ya no piensas serlo?

“No más. Ahora sólo quiero venganza. Ellos asesinaron a mi familia. Yo sólo quiero matarlos a ellos”.

¿Cómo te encuentras ahora?

“Sigo viva”.

Y dice esto para no hablar más, su voz es desoladora.

Los niños deambulan solos, descalzos sobre el lodo provocado por la sangre y las lágrimas palestinas. La tierra es miserable, pero fecunda para la semilla de la venganza.

GRAVEDAD CERO

Iriel levantó los brazos y practicó un *battement fondu*. Sonrió, victoriosa. Luego llevó cabo un *arabesque* con éxito. Orgullosa de sí misma, intentó una empresa más compleja. Dio un salto, giró en el aire e intentó caer sobre la punta de su pie izquierdo; sin embargo, al contacto con la superficie una punzada se extendió hasta su tobillo y cayó.

“El dolor no está en el pie”, escuchó una voz. Pero al mirar a su alrededor no halló a nadie observándola, sino que sus compañeros hacían lo suyo. Por allá se encontraban los payasos, dialogando de manera formal y sesuda; más allá, un trío de malabaristas se arrojaban objetos uno al otro sin aviso, pues estaban improvisando. En las alturas se columpiaban los trapecistas, que, al encontrarse cara a cara en las cuerdas, hacían un juego de manos, un saludo personal. Asimismo, el director dialogaba con hombres de mantenimiento, quienes señalaban algunos desperfectos en lo alto de la carpa. En pocas palabras, todos atendían lo suyo y nadie había susurrado palabra alguna a la mujer.

Sólo Daniel, que conducía un monociclo con el torso descubierto y ejecutaba suertes sobre un pasamanos, al ver a Iriel en el suelo, con ambas manos sobre su pie, acudió hasta ella para auxiliarla. Descendió del vehículo y alargó su mano en dirección de la fémina. Pero Iriel sólo lo miró y recordó cuando era bailarina de ballet.

“La fuerza está en ti, en nadie más. Levántate”, solía decirle su maestro cada vez que caía al ejecutar el paso y errar.

Iriel retiró sus manos de su pie y se irguió, lento.

–Estoy bien. Sólo fue una caída. He tenido varias. Lo importante es levantarse – dijo Iriel.

–Por supuesto. Pienso lo mismo. He caído cien veces. Me he levantado 101 – respondió Esteban.

Ambos se miraron, dubitativos, extrañados. Luego desviaron la mirada hacia el rededor y volvieron a posarla sobre el rostro opuesto.

–¿Segura estás bien?, hoy es tu debut...

–Lo estoy. Siempre estoy lista – dijo Iriel enfadada.

–No quise molestarte, sino ayudar.

En ese momento, el pregonero del circo comunicó la hora del descanso a través de un megáfono.

–Hora de comer o descansar. Hagan lo que deseen, pero desalojen esta área, es hora de limpiar –dijo.

Iriel sacudió el polvo de su ropaje y tomó su toalla.

–¿Quieres comer?, es decir, conmigo, juntos. En esta situación ambos somos desconocidos y yo puedo decirte lo que hay que hacer por acá y presentarte al *staff*.

–Ya conozco a los demás. Fue el día de mi presentación, ¿lo recuerdas?... –dijo Iriel alargando la última palabra, a manera de que el entrometido refiriera su nombre.

–Daniel –dijo el circense alargando la mano.

Iriel observó el ademán con desdén y posó la mirada en el rostro del chico.

–No estoy aquí para hacer amigos –dijo Iriel.

–Yo tampoco, estoy aquí para aprender –expresó Daniel, retirando su mano.

–Yo quiero olvidar. Permiso –apuntó la chica y avanzó delante de Daniel, a quien empujó al retirarse.

Un cuarteto de bailarinas, cuya función era miscelánea, ora presentadoras, a veces acompañantes de ilusionistas, que habían visto desde lejos la interacción, se acercaron a Daniel.

–Te ha dejado colgado –dijo una de ellas.

Daniel no contestó.

–A nosotras también nos desdeñó –dijo una segunda.

–Cree que por ser bailarina profesional es mejor que nosotras –expresó una tercera.

–No sólo mejor que nosotras, sino que todos. Piensa que el circo no la merece –dijo la última.

Daniel no agregó nada más, sino que tomó sus herramientas y se apartó de ahí, veloz, y siguió con lo suyo. Las chicas hicieron lo propio.

Iriel había llegado al circo hacía tres días. Fue directa con el director. Confesó que escapaba de su pasado y buscaba un lugar donde esconderse. Ella era una bailarina muy joven. Apenas contaba con 28 años y un futuro prometedor. El sol de la victoria brillaba sobre su faz. Su protagonismo progresaba en la compañía nacional de ballet de México y era invitada a compartir el escenario con compañías internacionales. Políticos y magnates estaban a sus pies. Era convidada a fiestas y en apenas un lustro estaba rodeada de lujos, parte de su trabajo, parte del encanto de su belleza.

De pronto habitaba más el mundo de la *socialité* que el artístico. Siempre se le veía acompañada de un hombre diferente en cada evento al que era invitada y su proyección incrementó; no obstante, el aprecio de artistas decayó, pues era retratada al lado de Bad Bunny, Shakira, Belinda o de cualquier otro pseudoartista

de moda. Las revistas de chismes y tabloides la perseguían para indagar su pasado y quién era. Pero al ser cuestionada sobre su privacidad su boca se cerraba y el gesto augusto retiraba a los entrometidos. Su *modus vivendi* eran las fiestas vulgares con personajes vulgares contruidos para entretener a la sociedad vulgar.

“El peso de la noche caía sobre mí, sobre mis pies. Imposible bailar. Imposible sonreír. Imposible... Imposible”, se decía de continuo Iriel.

No dormía, bebía, fumaba y tenía mucho sexo. Sexo en exceso. Su maestro de arte, de ballet, habló con ella. Le recordó el arte, aquella expresión sublime de lo bello que ella había constituido con su cuerpo y sus pasos. La belleza inmanente y perenne del camino que había recorrido hasta ser ella. Ahora dejaba de serlo. Aquella estrella peregrina que la acompañaba en cada paso, en cada salto, en cada giro, se había retirado en busca de otra luz a la cual encender. Y la fortuna la abandonó. Obnubilada por la fama y los reflectores, aquella falsa luz, luz artificial que sólo ilumina el momento porque no hay fuego en la expresión, en el espíritu, la había cegado. Necia ella de su presente y repulsa de su pasado, ignoto para el vulgo, decidió permanecer en ese mundo falso, artificial, decadente. Y poco a poco se fue retirando de la manifestación artística. Los poetas que enamorados de ella escribían dulces versos, la sepultaron con su pluma lapidaria. No había más acordes ni instrumentos que tañeran en su nombre. Y así, Iriel Sophiara desapareció de las carteleras internacionales de las compañías de ballet. Eso sucede con la falsa luz, se agota. Sólo el arte arde eternamente.

Iriel Sophiara no era recordada sino como una prostituta. Y fue perseguida como tal. La falsa luz aún la iluminaba para increparla sobre su caída. Pero ella callaba. Pasaba las noches bailando, bebiendo hasta el amanecer, sumergida en piscinas gigantes a grandes alturas, desde donde observaba los amaneceres y el sol le recordaba que siempre hay un nuevo horizonte.

Y así, una noche de fiesta, embrutecida por el alcohol, desnudó su cuerpo aún bello y bailó para los presentes como solía hacerlo ante críticos de arte. Pero el público no estaba compuesto sino por primates erguidos, que no apreciaban aquel arte, sino que vociferaban y babeaban por las formas perfectas de la carne. Los aullidos de los parroquianos impelieron su *performance* imbécil, que la motivó a escalar una fuente, subió hasta lo alto, cinco metros de altura, y en cada nivel no hacía sino actos lascivos. Y una vez en la cúspide, hundió el cono del mueble en su sexo, pero la escultura colapsó por el peso e Iriel cayó de tal altura que resultó con una fractura expuesta de tobillo y una contusión. Ese fue el fin de su carrera. No pudo bailar nunca más. La herida fue eterna.

Herida en su ego y su espíritu, luego de recuperarse, se aisló del mundo. Nadie más quiso saber de ella. Tras ganar fama despreció a su familia, cuyo origen era miserable. Desapareció. Borró todo rastro de su persona. Contactos y cuentas en redes sociales. Y acudió al circo, donde podría hacer lo único que le quedaba de su arte: el equilibrio. Allí convino con el director que su nombre no sería pronunciado, sería la más desconocida de todos los artistas y ocuparía el seudónimo de Acuario, pues ese era su signo zodiacal.

Así, vestida con un tutú negro, cual vestido de luto por ella misma, caminaría sobre una tensa cuerda a lo largo de 10 metro desde una misma altura. Iriel pensaba que si caía sería una fortuna, pues era débil para suicidarse. Ahora se hallaba oculta bajo una carpa y la nebulosidad de su eterna desdicha.

Todas las noches, tras la función, se encerraba en su camerino y sucedía el llanto, exagerado, pluvial, cuasi carmesí. El presente y su pasado, así como la ausencia de futuro y un dolor perenne, la abrumaban. Abatida por aquella vacuidad existencial, rezaba al cielo por su alivio. Y luego de varias lunas, cuando las lágrimas estaban por agotarse, sus súplicas fueron respondidas.

Una madrugada, tras quedar dormida luego de deplorar su vida, un susurro cerca de su oreja la despertó. Se irguió somnolienta y descifró la oscuridad de la cámara. Allí, delante de ella yacía un ser de mediana estatura, cuya composición se diría líquida y se desplazaba como una nube color plata, vestido de una túnica de colores cambiantes, y en sus manos florecían belloritas blancas y rosas.

–Soy Mercurio – dijo de manera apacible, agradable y cortés –he venido a sanar tu dolor, es decir, tu vida. Yo soy quien te habla a través de susurros. Te he vigilado –y le arrojó una flor.

Iriel la tomó y experimentó una calma divina que despejó todo temor. Llevó la blanca bellorita hasta su nariz y tomó su perfume. Una abeja salió del cáliz, como si escapara de una prisión y fue hasta la ventila, donde ganó la noche y el viento.

–¿Sanarás mi pie?, ¿volveré e bailar? –inquirió Iriel.

–No. Si sano tu pie tu pasado persistirá. Serás la prostituta que fuiste. He venido a ayudarte a olvidar. Yo me llevaré tus recuerdos y con ellos la vida que fue. Nadie sabrá quién eres. Serás una nueva mujer. Si estás de acuerdo, decide qué quieres olvidar.

–Todo. Detesto ser yo –bufó Iriel.

–No puedo con todo ese peso. Así que cada noche vendré a llevarme uno a uno tus recuerdos y al retirar ese peso será liviana, tanto que alcanzarás las alturas.

–Quiero olvidar la noche de mi accidente... –

–Hecho está, así es, así será –interrumpió Mercurio, y se arrojó sobre ella y posó sus labios en la boca femenina y la bailarina quedó dormida.

Al día siguiente se presentó a la función, subió hasta el punto de su acto, tomó la pértiga de equilibrio y avanzó sobre la cuerda hasta cruzarla. Pero en cada paso dado, sintió un extraño confort, como si el espacio que hollaba era amplio. Y caminó aquel espacio como si caminara sobre un jardín. Ante tal acto de holgura desfachatez, el público le brindó un gran aplauso. Entonces el corazón de la bailarina se aceleró.

Esa noche Mercurio se presentó de nuevo para alimentarse de otra memoria. “Quiero olvidar a mi familia”, pidió Iriel, y Mercurio atendió la súplica. Y ella se tornaba más liviana, la mente clara, esa experiencia de meditación, pero perenne.

De esta manera, cada noche, Mercurio acudía para llevarse un recuerdo de Iriel, y cual adicción a la liviandad, la fémica se deshizo de sus memorias. Ahora anhelaba volar. Fue así que olvidó el sabor del café, su primer beso, la primera caída, el crepúsculo marino, el viento entre los árboles, la caricia de las flores, las formas de las nubes, el ser, para qué ser.

Pronto, el circo ganó fama por el acto de Acuario, la equilibrista voladora, quien para entonces danzaba sobre una cuerda floja sin usar la pértiga: saltos, giros y demás acrobacias. El acto de la bailarina era magnético, hipnotizante.

Una mañana Iriel despertó, se miró al espejo y no se reconoció. “Quién soy”, pensó. Y permaneció allí, delante de su reflejo, en busca de respuestas. Observaba su alrededor, en busca de palabras, de sustantivos, de adjetivos, pero no conocía ninguno. Era una mente vacía, semejante a un robot, programado, en este caso, para danzar.

Esa noche, en la última función, hizo lo propio. Danzó sobre la cuerda, pero esta ocasión sus saltos eran sorprendentes, y su aterrizaje, semejante a una hoja que cae a tierra, lento, planeando. Volvía a ser Iriel, la primera bailarina de México. Su performance no era un acto, sino arte, belleza, transmitía un mensaje, constituía una dialéctica metafísica.

Para concluir su expresión sublime, Iriel ejecutó un último paso al ritmo de un jazz triste. Corrió con elegancia a un extremo de la cuerda y luego avanzó con breves giros hasta tomar fuerza para ejecutar un vuelo, entonces llevó a cabo un *grand pas de chat* y se elevó tanto que ascendió y ascendió y cruzó la carpa y se perdió en la noche. El público no pudo hacer más que aplaudir a las alturas mientras buscaban a la bailarina entre las estrellas.

EUFONÍA

Llegaba el crepúsculo, lento, con los pies metidos en el fango de los caminos; húmedos por los negros charcos; heridos por las piedras del sendero recorrido; y ensombrecía todo a su paso. Al toque de su mano, las cosas se hacían noche, los rostros, las almas, las voces. A esa hora lúgubre, la puerta de una habitación de motel fue abierta desde fuera y entraron a la cámara un hombre —calvo, gordo, sucio, alrededor de cuarenta años, de rostro triste y agotado— y una mujer —en los veinte, atractiva, piel marrón y larga cabellera—. Se miraron en las tinieblas como se busca una señal, como cosa extraviada en el olvido; para hallar un rasgo identitario, una cicatriz, si quiera. Nada hubo. Las miserias eran diferentes y distantes.

—Imposible ver en esta oscuridad —dijo el varón.

—No has venido a ver, sino a escuchar.

El hombre gruñó y luego hurgó entre sus ropas hasta encontrar un billete de 50 pesos, el único capital que llevaba consigo, y lo entregó a la mujer. Entonces la pareja caminó hasta una diminuta cama situada en un rincón de aquel espacio, allí se acostaron, rígidos, como un par de cadáveres a la espera de ser descendidos al sepulcro.

—Comienza —dijo el hombre.

—¿Qué quieres escuchar? —preguntó la mujer.

—No sé... aún no sé qué hago aquí. Tengo hambre y te he dado todo mi dinero... ¿qué te piden los demás?

—Canciones, oraciones, más de esto que de lo otro.

—Oraciones... creo que necesito muchas de esas, alguien que ore por mí.

—¿Quieres que comience?

—No. Soy demasiado hombre para salvar mi alma. Quiero... escucharte, sólo escucharte. No sé. Quiero conocerte, saber cómo llegaste aquí. Dime tu historia. Cuánto tiempo llevas atrapada en México, esas cosas. Estoy seguro de que a pesar de recorrer el mismo camino, incluso pisar el rastro del otro, todo es diferente.

—¿Por qué quieres saber eso? Es mi vida, es íntimo.

—Lo sé, pero he buscado una salida por todas partes, una señal, si quiera, de hacia dónde debo ir o qué hacer y te he dado todo lo que tengo. Hoy no cenaré. Si

eres tan buena como dicen tendré una sonrisa y me olvidaré del hambre que lleva conmigo tres días.

Ella lo observó. Por primera vez dudó. Siempre dudaba, pero nadie lo notaba. A veces su voz no era más que aire. A veces no curaba nada.

La mujer comenzó sin mediar más palabras.

—Vine de Honduras —dijo ella, al fin—. Vine huyendo.

El hombre rodó los ojos, decepcionado.

—Todos huyen de algo —reclamó.

—Sí, todos. Vine como todos, arrojada al mundo, a un mundo terrible, en un lugar llamado Honduras, que bien pudo ser mi nombre, pero mi madre, y sólo ella, me bautizó como Lucía. Decía que sería una luz en el abismo... Quince años después ella murió y le sobrevivimos mi hermana Alicia y yo. Diez años después Barrio 18 nos amenazó de muerte por no poder pagarles por vivir, así que escapamos. Todos nuestros ahorros los entregamos a un 'coyote' que nos trajo hasta la frontera. Luego cruzamos el río; queríamos llegar a Estados Unidos. México nunca fue una opción, aquí también habita la muerte...

Lucía era una prostituta, pero no ofrecía servicios sexuales, sino que ella cobraba por ser escuchada. La voz era su secreto. Lo que habitaba en su pecho cuando hablaba calmaban o hacían sentirse felices a sus escuchas, provocaba sonrisas auténticas.

—Comienzo a sentir que vuelo. Es extraño, pero muy reconfortante —pensó el hombre.

— ... apenas pusimos un pie en México un grupo de hombres armados con machetes y palos nos encararon y amenazaron con matarnos. Éramos quince migrantes, sólo dos hombres nos acompañaban. Los asaltantes eran más. Las autoridades, muy cerca de ahí, jamás volvieron los ojos hacia nosotros. Si nos mataban estaba bien, no ocasionaríamos problemas. Les dimos todo, excepto lo que llevábamos puesto. Luego, como si se tratara de un intercambio de bienes o servicios, los delincuentes bajaron sus armas y nos indicaron el camino a tomar para evitar encuentros con bandas de narcotraficantes y pandillas, tal sendero nos conduciría a la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado, por el cual, nos advirtieron, se llega por carretera, siempre custodiada por puntos de control militares o policiales, otro tipo de delincuentes y criminales. Lo mejor, aseguraron, era descender del camión y continuar por el monte. Así nos dijeron, así sucedió. Yo y algunos más tomamos camino por el monte. Muchos fueron quedándose atrás, hasta desaparecer de nuestra vista o perdidos en la noche. Luego de tres días, sólo mi hermana y yo continuábamos. Hambrientas y con frío recorríamos los montes chiapanecos. Nuestros pies ardían, la suela de los zapatos estaba a punto de desaparecer y la sed comenzaba a atacar. Sucedió la noche de algún día cuando nos rendimos. Decidimos dormir un momento, sólo un poco, para luego continuar. Pero mientras buscábamos un sitio donde escondernos de los

animales, un soldado salió de la oscuridad y nos apuntó con su rifle. «Alto ahí», ordenó. Y nosotras nos quedamos paralizadas del miedo. Nos pusimos a temblar. El militar podía hacer lo que quisiera con nosotras. En el camino encontramos mucha ropa interior femenina, algunas prendas manchadas de sangre; todos sabíamos qué había ocurrido.

—Hizo lo de todos o algo peor. Siempre hacen algo, siempre se salen con la suya.

Lucía lo miró fijo.

—Nos dio pan.

El hombre soltó una risa seca.

—Imposible.

—Sucedió. El soldado nos iluminó con una potente linterna, y luego pasó la luz alrededor. Nos ordenó sentarnos. Obedecimos y él bajó su arma. Se acercó a nosotras y nos miró extrañado. De entre sus ropas extrajo una bolsa con algunos emparedados y una botella de agua y nos los dio. Le agradecí y él preguntó al instante «¿qué dijiste?» y yo volví a agradecer; él se sentó frente a mí y yo me asusté y me pidió que hablara de nuevo, pero quedé callada, estaba asustada por su comportamiento, así que repitió: «habla» y volví a decir gracias, entonces el soldado abrió los ojos, su rostro se iluminó, perdió el gesto serio y amenazante y dijo: «habla, sigue hablando»; sin embargo no sabía qué decir así que le pregunté qué quería, y el respondió: «tu voz no es de este mundo, por favor, reza por mí, reza por mi alma». Estaba desconcertada. Me volví hacia mi hermana, y ella me observaba admirada, asombrada, como si no me reconociera. Entonces hablé con miedo. El miedo también emite sonido. Ella dijo «reza, yo también quiero escucharte». Lo hice, pronuncié el 'Padre nuestro'. Luego el soldado se levantó y dijo: «no escapen más, vivan», y se retiró hasta perderse en la noche...

Silencio.

Se levantó y fue hacia la ventana, pero no la abrió.

—No siento nada —dijo de pronto, casi desafiante—. No eres especial.

Ella asintió.

Lucía continuó, pero ya no contaba para salvarlo. Narraba como quien confiesa. Habló de Tapachula. De las filas infinitas. De las mujeres que no querían escucharla porque la envidiaban. De las noches en que ella misma se cubría los oídos para no oír el hambre.

—A veces —dijo— mi voz no cambia nada. A veces sólo es ruido.

El hombre respiró hondo.

—Continúa. Habla.

Le habló de Alicia, su hermana, no desapareció aquella noche en el monte; solo aprendió a volverse ligera. Después del encuentro con el soldado siguieron juntas

un tiempo, pero el hambre y el miedo no caminan al mismo paso, cada quien tomó su camino cuando Lucía no quiso seguir, sino permanecer allí, aliviando a la gente. Tiempo después alguien le dijo que fue vista en un albergue improvisado, sentada junto a una ventana sin vidrio, cosiendo con hilo azul el borde de una blusa ajena; otros le dijeron que cruzó la frontera sin hacer ruido, como quien atraviesa un espejo de agua y no altera la superficie. Lo cierto es que llevaba en la garganta un eco distinto: no poseía la grieta luminosa de Lucía, pero sí una paciencia antigua, como la de las piedras que esperan siglos bajo el río. En alguna ciudad del norte —o del sur— trabaja en silencio, nombra a su madre antes de dormir y, a veces, canta apenas para sí, con una voz baja que no pretende salvar a nadie. No busca transformar el mundo; le basta con sostenerlo un instante entre las manos, como se sostiene un vaso de whisky. Y cuando alguien la escucha sin saber por qué, ella sonríe, porque entiende que incluso el murmullo más tenue puede impedir que la noche cierre del todo sus puertas.

El hombre apoyó la frente contra el vidrio.

—Cállate —susurró.

Pero no era una orden, sino una súplica.

—Algo me asfixia aquí —se golpeó el pecho— y duele.

Lucía guardó silencio. El silencio, por primera vez, hizo su trabajo.

Él abrió la ventana. El aire entró y observó el cielo unos instantes. Luego se volvió hacia Lucía. El hombre esbozaba una mueca de satisfacción y de paz y volvió su mirada.

—Nunca había observado el cielo. Sabía que estaba ahí, pero nunca lo había visto. Ahora sé por qué cantan las aves. Gracias.

Su voz era otra, auténtica. El hombre no volvió a ser el mismo. No porque hubiera escuchado una historia. Sino porque, mientras Lucía hablaba, algo en su pecho — que llevaba años endurecido como piedra húmeda— cedió. No lloró. Pero cuando abrió la ventana y miró el cielo, lo vio por primera vez como quien descubre que el azul es profundidad.

—Mañana será mejor —dijo.

Lucía callaba, lo observaba. Y descubrió una foto rota que asomaba en su bolsillo trasero. Era un retrato, una persona que vestía un largo vestido. El hombre tomó la imagen y la sostuvo con ambas manos a la altura de su rostro, como si la colgara del cielo, como si fuera una estrella más, y esa estrella, parte de una constelación. La estampa era de una niña al lado de un caballo.

El hombre se quedó allí, sobre el marco de la ventana y el aire de la noche se escurrió por su camisa. Sintió una suave caricia. No tenía hambre. Lucía se retiró.

En Tapachula nadie camina: se arrastra. Los migrantes no cruzan calles: cruzan umbrales invisibles entre el miedo y la resignación. Allí Lucía descubrió que su voz

no era un milagro. Era una grieta. Por ella se filtraba la luz. Y varias grietas, derrumban muros.

El hombre encontró a Lucía días después. No era el mismo.

—Habla —pidió él.

—Hoy no —respondió ella—. Hoy habla tú.

Él tartamudeó. Se enfureció. Quiso irse, pero permaneció. Y por fin habló.

Primero dijo una palabra. Luego otra. Luego recordó el nombre de aquella mujer de la fotografía. Y lloró en silencio.

Lucía comprendió algo: su voz no curaba. Sólo abría. Y abrirse duele.

Desde que era una niña, Lucía recordaba la canción de cuna que le cantaba su abuela cuando las bandas rivales se enfrentaban o mataban a quienes no podían o no querían pagar por vivir, para que no los mataran. La voz de la abuela era más fuerte que los disparos, más fuerte que los gritos de dolor antes de la muerte o de los sobrevivientes que claman justicia al cielo por sus muertos, por la sangre derramada que fúrica grita desde la tierra. Allí aprendió que la voz del amor calma el corazón, apacigua la mente. Da esperanza.

Una mañana, un hombre acudió hasta Lucía. La buscó por todas partes, preguntó entre las prostitutas quienes, molestas y con envidia, le dijeron dónde hallarla. Se encontraba en una cafetería. Bebía café para mitigar el frío y permanecer despierta cuando arribó el varón.

—Lucía, habla, por favor, quiero escucharte —dijo, desesperado.

—Debe ser algo que quieras escuchar y yo correspondo con cariño —respondió ella.

—Vengo de El Salvador, mi cuerpo está cubierto de heridas, pero no es diferente que el de aquel o aquellos — dijo señalando a otros que pasaban con la mirada perdida y la cabeza gacha —y quiero sonreír ante ellos, para contagiarlos, creo que esa es una manera de salir de esta cárcel, de Tapachula, de cualquier otra.

Ella lo miró y sonrió.

—Tengo este poema que rezo cada día... para entender... para sentir —y extendió una hoja suelta y maltratada que perteneció alguna vez a un libro.

Lucía la tomó e invitó al desconocido a sentarse. Y así fue hecho. Ella leyó con aquella voz.

«El viaje definitivo

Y se quedará mi huerto, con su verde árbol, y con su pozo blanco.

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;

y tocarán, como esta tarde están tocando, las campanas del campanario.
Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado, mi espíritu errará nostálgico...
Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar,
sin árbol verde, sin pozo blanco, sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando».³

Las palabras no parecían tuyas ni del poeta Juan Ramón Jiménez. Parecían dichas por alguien que ya había muerto y regresaba para confirmar que los pájaros siguen cantando aunque nadie los escuche.

Al terminar, el hombre no sonrió. Rio. Era una risa breve. Torpe. Increíble. Dos mujeres voltearon. Un niño lo miró. Luego otro hombre dejó escapar un sonido semejante a paz.

El poema sabía a flores y a viento invernal escapado de la montaña. Mientras tanto, los policías recorrían las dolorosas calles donde no transitan hombres ni mujeres, sino seres temerosos, deprimidos, tristes y corrompidos. Gritan o callan y están hambrientos de tanto que nada los llena. Transitan asiáticos, cubanos, africanos, centroamericanos con el gesto doloroso y la mirada esquiva. Nadie sonríe al otro o a sí mismo. No saben que sonreír es liberarse de uno mismo. Sonreír es ganar más tierra, superar las fronteras, darle la mano, ¿sin tocarlo?, al otro.

Esa noche la policía recorrió las calles como siempre. Pero algo era distinto. No se notaba en las patrullas. Ni en las armas. Ni en las sombras. Se notaba en el aire. Como si alguien hubiese afinado el mundo medio tono más alto. Eufonía.

Con el tiempo dejó de cobrar. No por pureza, sino por cansancio. La llamaban santa. No lo era. Había noches en que odiaba hablar. Pero entendió que el hambre cambia de forma. Algunos necesitan pan. Otros necesitan escuchar su propio nombre pronunciado sin odio, sin desdén.

Una mañana, antes del amanecer, la fila frente a migración era más larga que de costumbre. Gobernaba el frío. Nadie se atrevía a mirar al otro. Alguien preguntó por Lucía; ella no estaba.

Un rumor dijo que cruzó al norte. Otro, que la detuvieron, que volvió a Honduras. Nadie confirmó nada. Nadie supo su paradero. Entonces, desde el fondo, una mujer comenzó a rezar.

No tenía la voz perfecta. Se quebraba. Pero algo en su timbre obligó a los demás a levantar la cabeza. Un hombre completó la frase. Otro continuó...

³ Juan Ramón Jiménez, *Poemas agrestes* (1910-1911).

Cuando salió el sol, la fila seguía allí, interminable. El miedo abrazaba los cuerpos, el hambre permanecía. Pero el silencio ya no era el mismo. Por primera vez, el espacio no parecía una frontera.

INHÓSPITO

La ciudad es un monstruo que devora todo lo que está vivo. Hace miles de años, la Tierra estaba plena de bosques y montañas verdes, con fauna y flora adecuada a su hábitat. Por ahora estos últimos se mantienen, de manera parcial, intactos. Pero el resto, las ciudades, avanzan destruyendo todo. Ciudad, una abstracción que enmascara al verdadero monstruo: el hombre. El hombre es el creador de este Frankenstein. Todo aquello que antes se mantenía impoluto ahora está infectado. Cuántas vidas se extinguieron al avanzar la ciudad. Árboles, tierra, piedras, subsuelo, todo ello estaba habitado por quién sabe cuántas formas de vida y ahora sólo queda el asfalto, el laberinto que constituye la ciudad; un laberinto sin salida que obliga al hombre a perder el tiempo, es decir: la vida. Autopistas, carreteras, calles, callejones, esquinas, cuchillas, bajopuentes, pasos a desnivel, ciclistas recreativas, mas no conectoras con nada pues sólo son tramos, distribuidores viales, puentes. No sólo eso, eso no basta. La ciudad se ha extendido en el subsuelo y tan alto como un edificio de 20 metros por medio de las rutas del Metro, subterráneas y altas. Si se mira hacia el cielo poco se podrá ver, pues está obstruido, en tanto visión, por formas aburridas y grises de fierro y concreto. Aunque en algunas zonas, el gobierno intenta crear una suerte de pertenencia espacial y lleva a cabo campañas de dignificación, y entre las labores se encuentra pintar murales que hagan menos oscuras, tristes y propensas al crimen las calles de la ciudad, entonces tenemos colores sobre un fondo gris.

Así es como observo la ciudad todos los días, cada mañana, cada atardecer, cada noche, ya lo dije, un monstruo en constante vigilancia. Respecto de movilidad estoy al margen. Es decir, me desplazo a bordo de mi bicicleta vieja que sobrevive a pesar de los años y de las inclemencias del tiempo. La adquirí en 2010, cuando la moda de estos vehículos aún no explotaba. No había ciclistas, sino que fueron desarrolladas, los pocos tramos, hasta que la bicicleta se popularizó. De pronto, varias personas comenzaron a desplazarse de esta manera, pero sólo recreativa o deportiva, ataviados en trajes especiales. Antes de ello, los ciclistas como mi padre, que viajaba grandes distancias para ir al trabajo, no fueron tomados en cuenta, la ciudad los invisibilizó. Por ello, resulta extraño que ahora sean atendidos, aunque de manera parcial. Estos modernos “rodadores” no son sino el resultado de la ciudad moderna, es decir, parte del cáncer, pues ahora se constituyen en grupos numerosos y se desplazan por la ciudad de manera recreativa, lo cual afecta a la movilidad de por sí corrompida y corrupta. Aunado a ello, a pesar de ciertas reglamentaciones del sentido común en tanto movilidad, aún falta puntualizar la correcta circulación de dichos espacios. Vamos, a partir de esta moda no sólo se tiene que lidiar con los autos que siempre se muestran agresivos, sino que ahora hay que enfrentarse a ciclistas que, al ser humanos, también se tornan agresivos y se piensan dueños de todo el espacio. Muchos de ellos asumen esta actividad como recreativa o lúdica sin importarles que otras personas no tengan tiempo de recrearse de esta manera, sino que es su medio de

transporte, y entonces entorpecen el tránsito. Este es mi caso, aunque sí disfruto del viaje.

Mi odisea, pues como Ulises que va a la guerra y debe volver a su casa sano y salvo, inicia muy temprano. Despierto con el canto de las aves, cuando el sol se irgue a lo lejos y aún domina la penumbra, una sombra nostálgica del sueño que parece justo eso, un sueño; el deleite de la luz y la sombra, juego estético, poesía visual, natural. La ciudad, entonces, se muestra hermosa bañada por esta iluminación. Yo salgo y hallo cientos de vehículos automotores, siempre apresurados; a pesar de ello, la circulación no es molesta y me deleito en las sombras que produce la ascensión de la luz hasta el cenit solar, pues para entonces el calor es duro.

Alrededor de las 8 horas pueblan las calles miles de personas que se dirigen al trabajo, a la escuela, entonces las vialidades todas se saturan. No importa dónde se circule, la gente anda en desorden, con paso apresurado; la mayoría, a contrarreloj. Es difícil andar en bicicleta por las avenidas correspondientes para este tránsito, es decir, que no es a pie, ya que todos se tornan agresivos. El transporte público es superado por la gente y las paradas son continuas, muchas de las unidades se detienen en cada esquina para que aborden. Los vehículos se estancan, los que van detrás de los autobuses pierden tiempo en los semáforos, y por más que se quiera rebasar o avanzar todo está entorpecido. El colectivo recorre la ciudad desbordado de personas, incluso colgando de las puertas y otros intentan subir con suerte y se persignan para no caer, saben que si pierden la unidad llegan tarde a su destino, aunque muchas veces, a pesar de arriesgar la vida de esta manera, llegan tarde por la saturación de vehículos de todo tipo y la constante colección de pasaje.

Yo paso al lado del transporte público, ora autobús, microbús, vans y la gente me mira adelantarlos, como si desearan ser ellos quienes marchan a gran velocidad sorteando el atasco, pero también resultan ser un obstáculo más para ellos, pues cada persona que intenta subir es una pérdida de tiempo. También para mí, que al circular en el mismo carril debo cuidar el ascenso y descenso de pasaje. Las personas son muy egocéntricas y descuidadas, pues al bajar o subir sólo hacen eso, sin pensar en el otro que circula en los alrededores y muchas veces resulta un accidente, nunca conmigo, pero he visto muchos atropellamientos por llegar a tiempo al trabajo, como si el dinero obtenido valiera más que la vida, pues así lo demuestran las personas. Quizás su vida vale eso, o mucho menos, por eso la arriesgan por un salario tan bajo. En esta carrera por la vida, cuya vida es lo que menos se aprovecha, pocos respetan las vialidades. Los pocos acotamientos para ciclistas son invadidos por las personas, ya sea con sus automóviles, comercio informal o por viandantes que por quién sabe qué motivo transitan sobre estos espacios exclusivos para bicicletas. Insisto, la ciudad es un laberinto, un monstruo de mil cabezas cuyas bocas devoran y sus lenguas asfixian. Aunque es una selva de asfalto, no es una batalla del fuerte contra el débil, sino de la mentira, del oportunismo, es así que el débil puede ganar muchas veces, ya sea por omisión o corrupción del gobierno, que no autoridades. En este sentido, los scooters,

bicicletas y automotores no sólo invaden carriles confinados, sino los reglamentados para el Metrobús, lo cual también ha derivado en accidentes viales.

Pero lo más repugnante de todo es el espacio que el viandante ha otorgado a los automotores para la circulación de la operatividad económica de la ciudad, esa función que se valora más que la vida, más que el tiempo, donde se pasa más tiempo que en casa, esa otra cárcel necesaria para el descanso del esclavo, donde pueda dormir y organizar sus cosas para continuar con la funcionalidad de la ciudad.

En este disfrute y sinsabor del día, entre la luz y la sombra de la cotidianidad, recorro el espacio público: calles avenidas, parques, estacionamientos y la imagen es la de un desierto desafortunado, un desierto ausente de vida donde la vida no está representada. Los pocos árboles y demás plantas de ornato sólo yacen ahí sin motivo fundamental del ser, sino para cumplir la reglamentación, en pocas palabras se trata de una máscara, una trampa para poner un poco de color a ese terrible gris oscuro. No sólo eso, sino que en muchas ocasiones estos espacios son empleados como basureros, es decir, las personas convierten las zonas verdes en una extensión repugnante de las vialidades.

Todo la imagen de la ciudad, por donde sea que se transite, el espacio de circulación del parque de automotores es ingente. Incluso los puentes no son sino herramientas de dispersión del viandante para no obstaculizar el paso de los vehículos: banquetas, zonas de seguridad, rampas peatonales, rampas vehiculares, adecuaciones geométricas, pavimentos, acabados y detalles, así como ordenamiento de mobiliario, todo ello opera en función de, una vez más, el espacio vehicular.

Ahora las bicicletas y demás vehículos de baja velocidad, como patinetas, patines, scooters y demás, reducen la vialidad. Los autos que secuestran los espacios destinados a estos, obligan a dichos usuarios a transitar sobre las aceras y el transeúnte, reducido de movilidad, es más afectado; está preso. Bueno, todos lo estamos, ya sea a pie o a bordo de un vehículo, no somos sino prisioneros de la ciudad, somos sus esclavos.

Sin embargo, la búsqueda de otras formas de tránsito es una muestra de la desesperación perenne en esta prisión que llamamos ciudad.

Un día, mientras recorría el laberinto, hallé a un hombre que se movilizaba en silla de ruedas. Sus atrofiados pies le imposibilitaban trabajar y se desempeñaba entre los autos pidiendo el favor de los conductores. Esto lo efectuaba entre cada cambio del semáforo y mientras aguardaba el siguiente cambio se ubicaba al lado de la banqueta, en el arroyo vehicular, pues la acera no contaba con rampas para estas personas. No sólo eso, sino que los acotamientos eran reducidos y por allí también circulaban carriolas, patinadores y ciclistas. Los autos pasaban muy cerca de aquel hombre. Y parecía que era un fantasma o menos que un fantasma. Pocos le daban una moneda y mientras aguardaba detenido, de cuando en cuando alguno que otro conductor le tocaba el claxon para que desocupara el espacio en el que se encontraba y el auto se estacionara.

Yo lo vi. Vi a aquel hombre hecho un paria de la sociedad. No era sino, allí, en ese momento, un nómada que se movía de un lugar a otro. ¿Cuál habría sido su historia, el camino que lo llevó allí? Estoy seguro de que alguna vez formó parte de los demás, de aquellos que apuran el paso para llegar a tiempo al trabajo, de quienes se cuelgan del transporte público para ganarle el lugar a otro, porque no importa sino uno mismo. Ahora está allí y yo estoy del otro lado de la acera, estacionado en un rellano de la vialidad, un espacio que el gobierno adjetiva como seguro sólo por estar rodeado de bolardos. Miro los autos y muchos de los conductores no sólo atienden el camino, sino que discuten con su compañero, hablan por teléfono, parecen molestos y hacen ademanes en solitario. Pocos sonrían, pero sus sonrisas parecen extrañas, artificiales. La circulación no se agota, no solo de automotores, sino del resto de vehículos y viandantes. Parece imposible detener la marcha a ninguna parte.

Cansado de aquella visión me aparto de ese sitio y creo que conduzco sin rumbo, pero atento a los baches ingentes que aparecen cada día. Atestiguo dos hechos de tránsito a causa de esos baches que el gobierno, que no autoridad, se niega a reparar. Llego hasta un parque, estoy sudado, la espalda empapada, la frente perlada de sudor. Dicho espacio ha sido intervenido y han sido reducidas sus áreas verdes para edificar una pista rudimentaria de atletismo, una cancha de baloncesto y un área recreativa de patinaje urbano.

Me alejo de todo ello y me tumbo bajo un árbol y su sombra me relaja. Cierro los ojos e imagino que la ciudad se detiene, los conductores descienden de sus autos y caminan y corren y bailan y cantan. Otros suben al techo de sus vehículos y toman el sol a la espera de la lluvia. Otros dialogan, escuchan música. No se labora, sino que se contempla, se vive. Por fin la ciudad deja de ser; la ciudad desaparece, sólo queda el deleite. Por fin son libres. Y mientras imagino, los átomos se unen para generar una nube y crece y crece. Habita el cielo. De pronto, de la nada, cruza un ave de plumaje azul y canta y su voz es potente y hermosa.